3685

DOÑA PERFECTA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 28 de Enero de 1896.

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1906

DOÑA PERFECTA

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

DOÑA PERFECTA

DRAMA EN CUATRO ACTOS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

Representóse en el Teatro de la Comedia, de Madrid, el 28 de Enero de 1896.

MADRID
PERLADO, PÁEZ Y COMPAÑÍA
(Sucesores de Hernando)
Arenal, 11
1906

PERSONAJES

DOÑA PERFECTA, viuda noble	Sra. Tubau.
ROSARITO, su hija	Srta. Suárez (Nieves).
MARÍA REMEDIOS, viuda plebeya, sobrina de D. Inocencio	Sra. Álvarez (Josefina).
LIBRADA, criada	Srta. Cancio.
PEPE REY, ingeniero de caminos, sobrino de Doña Perfecta	Sr. Thuillier.
DON INOCENCIO, canónigo y humanista	Sr. Mario.
CRISTÓBAL RAMOS (CABALLUCO), cabecilla	Sr. Amato.
JACINTITO, hijo de María Remedios	Sr. Vico (Antonio).
DON CAYETANO, hermano de Doña Perfecta	Sr. Manso.
DON JUAN TAFETÁN, viejo verde	Sr. Balaguer.
VARGAS, teniente coronel de infantería	Sr. Vallés.
PINZÓN, capitán de caballería	Sr. Morano.
EL TÍO LICURGO, lugareño	Sr. Valentín.
PASOLARGO, cabecilla	Sr. Villanova.
ESTEBAN ROMERO, idem	Sr. Urquijo.
CABO CARTERO	Sr. Bonafé.

La escena en Orbajosa, ciudad antigua, cabeza de partido.
Época 187...

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales haya celebrados ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE M. TELLO
C. de San Francisco, 4.

ACTO PRIMERO

Jardín interior, ó patio ajardinado, en la casa de doña Perfecta.—Á la derecha, una fachada del edificio, que es antiguo y muy irregular; puerta grande que conduce á las habitaciones y es paso para la calle.—En el fondo, rompimiento con dos filas de altos cipreses. Por allí se va á la huerta.—A la izquierda, una tapia y cipreses y otros árboles corpulentos que dan sombra á la escena.—Una mesa á la izquierda, un sillón y sillas rústicas. A la derecha mesa más pequeña.—Hora: las dos de la tarde.—Derecha é izquierda se entiende del espectador.

ESCENA PRIMERA

El Tío Licurgo, que viene de la huerta; María Remedios, que entra en escena por la derecha, con mantilla, como viniendo de la calle.

Licurgo.—¿Qué se le ha perdido por acá, señora doña María Remedios?

Remed.—(Mirando á la ventana del comedor.) ¿Están comiendo?

Licurgo.—Sí, señora. Hora y media de comistraje llevan ya. Tres principios, tres, me ha dicho Librada que hay.

Remed.—Y todo por ese fantasmón de ingeniero que nos han traído de los Madriles, hombre sin fe, repodrido en las matemáticas, y harto de impiedades y maleficios... No sé en qué piensa la señora.

Licurgo.—No es idea de la señora mismamente, sino de su hermano, el abogado de allá, ¿sabe? el cual que le mandó carta diciéndole: «Quiero que mi hijo se case con tu hija.»

673187

REMED.—Sí, sí... ¡Ah, mundo amargo, mundo tentador, esclavo de la materia!... ¡Y sacrifican á la pobre Rosarito...!

LICURGO.—Eh... hable bajo.

REMED.—Quiero verle. (Se aproxima á la ventana, de costado.) Es aquél que habla más que come. (Vuelve al proscenio.) El demonio le ha dado figura simpática, y un hablar galano para que engañe mejor. ¡Ah, mundo perverso! Ya sé: es de éstos que predican en los centros de pecado que hay en Madrid, y que se llaman... no me acuerdo.

LICURGO.—Se llaman... espérese... se llaman... Pues yo tampoco lo sé.

REMED.—¡Mundo ingrato!... ¿Y qué me dice usted del desaire que han hecho á mi niño?

LICURGO.—Ya sé: la señora ha convidado á don Inocencio, pero no á Jacintito.

REMED.—Estoy volada... La señora me lo perdone... pero este desprecio... ¡Ah!... Cuando todos dicen, y con razón, que mi niño está cortado para su hija... tan modosito, tan instruidito... abogado á los veinte años... Y luego... ¡con la crianza que le ha dado mi tío don Inocencio! Las ideas sanas, los principios religiosos, metidos así... á macha-martillo.

LICURGO.—Pero como las niñas de hogaño bailan al son de lo nuevo, por no decir de lo peor...

REMED.—(Indignada.) Quítese usted allá... ¡que será capaz Rosarito...!

LICURGO.—Entre el sí y el no de una mujer, no pongas la punta de un alfiler.

REMED.—Imposible que la niña... (Muy nerviosa.) ¡Ja, ja!... ¡querer á ese... preferirle á mi ángel!... Dígame, tío Licurgo, ¿y él es rico?

LICURGO.—Tanto como la señora, ó más.

REMED.—Y sabe, sabe mucho...

LICURGO.—¡Oh!...

REMED.—Por supuesto, cosas malas, que más valdría que no las supiera.

LICURGO.—Más sabe el cuervo que la paloma.

REMED.—¡Ay, no! La señora sabe más que él y que todos los gavilanes juntos. Y nosotros, los que bien queremos á la señora, la ayudaremos á espantar este pájaro de rapi-

ña. Dígame otra cosa, Licurgo: ¿es cierto que usted y los Farrucos le ponen pleito?

LICURGO.—Sí, señora: nacen en las laderas altas de Alamillos, que al parecer son de este sujeto, don Pepito Rey, unas aguas maléficas, escrofulosas y mutativas, que se estancan en nuestra heredad, y nos matan toda la fisonomía vegetal de la tierra... (Sale Rosarito del comedor.)

REMED.—¡Ah! la señorita sale.

ESCENA II

Dichos.—ROSARITO; LIBRADA, con el servicio del café.

ROSAR.—Ponlo aquí. (En la mesa de la izquierda.) ¿Se enfriará si tardan?... ¡Ah! Remedios. (Vase Librada, que vuelve luego con licores, copas y una caja de cigarros.)

REMED.—¡Prenda querida! (La besa haciéndole mimos.) ¡Pobretina mía! Estás triste, ¿verdad? ¿Verdad que está triste y asustadica la paloma de la casa?

ROSAR.—(Sorprendida y risueña.) ¿Yo? Si estoy contenta...

REMED.—(Recelosa.) ¡Contenta! (Viendo que salen los señores.) ¡Ah! ya salen; yo me escabullo.

ROSAR.—Oye.

REMED.—Me voy, me voy. (Vase hacia la huerta.)

ESCENA III

DOÑA PERFECTA, PEPE REY, D. INOCENCIO y D. CAYETANO, que salen del comedor; ROSARITO, arreglando el servicio del café; LICURGO, que se descubre y se retira al fondo.

PERF.—Pues sí, queridísimo Pepe, mi hija me lo decía esta mañana.

ROSAR.—(Como asustada) ¿Yo... qué?

PERF.—Me decías que tu primo, hecho á las pompas y etique-

tas de la Corte y á las modas extranjeras, no podrá soportar esta sencillez rancia en que vivimos...

CAYET.—Ni esta falta de buen tono.

PEPE.—¡Qué error! Nadie aborrece más que yo los artificios de lo que llaman alta sociedad.

CAYET.—(Cogiéndole por un brazo, le lleva á la mesilla de la derecha.) Tú aquí... conmigo (1).

PEPE.—(Tomando asiento.) Ya lo he dicho: mi deleite es el sosiego del campo, mi sociedad la familia, mi descanso el estudio, mis amores... hasta hoy, la Naturaleza y la Ciencia. (Rosario le sirve café.)

INOC.—(Cogiendo su taza.) Lo que digo: es usted, mi señor don José, un gran filósofo... práctico.

PEPE.—¡Oh, no! guárdense las expresiones laudatorias para el virtuoso sacerdote, para el sabio humanista de Orbajosa.

INOC.—(Rechazando los elogios con modestia.) ¡Oh, por Dios!...

PERF.—Don Inocencio vale mucho; tú también. Felices nosotros si conseguimos que esta humildad, que esta vida obscura no se te hagan aborrecibles.

PEPE.—¡Quiá! Dos días no más llevo aquí, y ya siento que el alma se me ensancha, se me renueva en este ambiente de paz. Todo, todo lo cambio por este rincón apartado y tranquilo, donde pienso encontrar mi dicha.

INOC.—(A doña Perfecta, que toma café á su lado.) Bien, bien.

ROSAR.—(A Pepe Rey, por el café.) Lo encontrarás poco fuerte.

PEPE.—Está delicioso.

INOC.—Riquísimo.

CAYET.—Y ahora, en cuanto tomemos café, te enseñaré lo mejor de mi biblioteca, de la cual no pudiste ver esta mañana más que la broza, lo moderno.

ROSAR.—(¡Pobrecito, ya le cayó que hacer!)

INOC.—Es muy notable la colección de su tío de usted.

PERF.—Ejemplares rarísimos: ya verás.

PEPE.—Siento ser absolutamente lego en todo eso de las curiosidades bibliográficas.

INOC.—Verá usted todo cuanto se ha escrito acerca de nuestra querida Orbajosa.

(1) Doña Perfecta, D. Inocencio, Rosarito, Pepe Rey, D. Cayetano.

CAYET.—Incluyendo aquellas obras que sólo citan á nuestra gloriosa ciudad episcopal, ó á alguno de sus hijos. Con estos elementos preparo mi *Floresta Urbsaugustana*, en la cual creo que no se me escapará ninguna particularidad histórica ni biográfica de este nobilísimo pueblo.

PEPE.—¡Ah! (Con gracejo.) Yo creí que en Orbajosa no había más cosas buenas que... lo que está presente...

PERF.—¡Jesús, Pepe!

INOC.—En todas las épocas de nuestra historia, los orbajosenses se han señalado por su hidalguía, por su lealtad, por su valor, por su claro entendimiento...

PERF.—¿Tú qué te creías?

PEPE.—No; si no lo dudo.

LICURGO.—(Adelantándose con falsa timidez y socarronería.) ¿Da su permiso el señor don José...?

PEPE.—¡Ah! el buen Licurgo...

ROSAR.—(Aparte, con pena.) Cómo le marean, pobrecito, el tío con sus librotes, y éste con sus pleitos.

LICURGO.—¿Ha descansado el señor don José?

PEPE.—Del viaje, sí... de usted, no. Ya es la tercera vez que viene á decirme que pleitea...

CAYET.—¿Contra tí?

PEPE.—Contra mí.

PERF.—Pero este Licurgo... Hombre, déjale que tome su café con tranquilidad.

LICURGO.—(Con fingida aflicción.) Señora mía, señor don José, yo no quisiera molestarles; pero el Ayuntamiento nos pide daños y perjuicios, porque las aguas maléficas y corruptas...

PEPE.—¿Y yo qué tengo que ver?... Déjeme usted á mí de aguas corruptas y de cuestiones maléficas, tío Licurgo... ¡Triste de mí, que jamás he visto un grano de trigo de esa dilatada estepa de Alamillos! Si soy yo quien debe pleitear, y perseguirles, y procesarles, porque esas tierras que disfrutan son mías, las han ido cercenando de mi propiedad: hoy una fajita, mañana otra... A mi padre le denunciaron este despojo; pero no hizo caso...

LICURGO.—(Exaltándose con falsa dignidad.) Señor don José, ahí están mis linderos, en las santísimas escrituras.

PERF.—Eh, no te exaltes... Yo garantizo á éste, Pepe. Es in-

capaz... Por Dios, sé razonable. Las aguas malas nacen en tu heredad; es justo que tú...

PEPE.—Bueno, queridísima tía; no me riña usted. Si usted cree que debo pagar daños y perjuicios...

PERF.—No, yo no digo nada. Tú eres generoso y no gustas de oprimir al pobre.

PEPE.—¡Pero si es el pobre el que quiere oprimirme á mí!...

CAYET.—Te advierto que éste es un picapleitos formidable, y sabe más leyes que todo el Colegio de Abogados de Madrid.

PEPE.—Lo creo.

LICURGO.—¡Leyes á mí! ¡Justicia! Del lobo un pelo, y ese de la frente. Pero mi derecho es mi derecho...

PERF.—Vaya, Licurgo, déjanos en paz ahora.

PEPE.—Sí, sí; que nos perdone la vida....

LICUR.—Si molesto, no es caso... Pero volveré. Mi derecho es mi derecho... Cada lobo á su senda.

ROSAR.—Sí, sí; pero basta ya. (Cogiendo un cigarro de la caja que hay sobre la mesa.) Toma un cigarrito, y vete con Dios...

LICUR.—Gracias, mi niña... Señora, señor don José, hasta más ver... Pobre, pero honrado. Sagrado es lo ajeno; pero lo propio, sagrado también.

ROSAR.—(Empujándole hacia fuera.) Sí, sí... Adiós, hombre.

LICUR.—(Retirándose.) Mi derecho es mi derecho.

ESCENA IV

Los mismos, menos LICURGO.

PEPE.—(Pasando al otro lado.) ¡Demonio de hombre! Estos villanos legistas me atacan los nervios.

PERF.—No lo tomes así, hijo mío. Los pobres defienden el miserable terruño sobre que viven.

CAYET.—No se hable más de eso.

ROSAR.—(Que se ha sentado junto á don Cayetano.) Y este Licurgo maldito y los Farrucos no me entran más en casa.

CAYET.—Sí, porque con estas incumbencias podríamos hacerle

antipática nuestra noble tierra. ¿Verdad, sobrino, que te gusta Orbajosa? Dí que sí.

INOC.—¿Gustarle? Lo dudo.

PEPE.—¡Oh, no!

PERF.—¿Qué piensas de nuestra humilde, pero gloriosa y santa ciudad?

PEPE.—¿La ciudad...?

ROSAR.—¿Verdad que te gusta? ¡Si es tan bonita!

PEPE.—Si Rosario la encuentra bonita, yo también, porque en todo quiero ser de su parecer.

INOC.—¿Y el país, la región...?

ROSAR.—Dí lo que tú piensas, no lo que pienso yo, que soy una ignorante.

PEPE.—Pues...

PERF.—Sinceridad, hombre; buena fe.

PEPE.—Allá voy, señora. Pues en la región no veo más que pobreza, un atraso que descorazona, ejércitos de mendigos, la agricultura como en tiempos de Adán, la industria rutinaria, grosera, infantil. (Óyenle todos con disgusto.)

PERF.—Riqueza, bambolla, no tenemos... pero hay caridad.

PEPE.—¡Ah!... no digo que no. Pero no se trata...

PERF.—Somos pobres, rústicos, zafios, si quieres; pero conservamos las virtudes de la raza, los sentimientos nobles, el santo temor de Dios... ¿Sabes lo que es esto?

PEPE.—¿Pues no he de saberlo? Lo que yo digo es...

INOC.—(Nervioso, sin poderse contener.) La cantinela de siempre. En mi larga vida, he visto llegar á Orbajosa multitud de personajes de la Corte, traídos unos por la gresca electoral, otros por gusto de ver nuestra soberbia basílica, *pulchra augustana*, que dijeron los antiguos. Pues todos han de hablarnos enfáticamente de nuestra rudeza, de nuestro atraso material... ¿Y qué nos traen ellos? pregunto yo. Por supuesto (Mirándole por encima de las gafas), ni remotamente se crea que lo digo por usted. Me guardaría yo muy bien... Ya sé que tenemos delante á uno de los hombres más eminentes de la España moderna.

PEPE.—(Rechazando el elogio.) ¡Oh!...

INOC.—A un hombre que sería capaz de transformar estos páramos en comarcas fertilísimas, sólo tocando en ellos con la varita maravillosa de la ciencia...

PEPE.—(Confuso.) ¡Pero, don Inocencio, si no he dicho...! Tía, ¿verdad que...?

PERF.—Nada, no me incomodo. A hombres de tanto, de tantísimo entendimiento, se les puede dispensar el desprecio que hacen de nuestra vulgaridad.

PEPE.—¡Yo!...

INOC.—Y le autorizamos para todo.

PERF.—Incluso para decir que somos... poco menos que cafres.

PEPE.—¡Por Dios, querida tía!...

ROSAR.—(Muy apurada.) ¡Pero si no ha dicho...!

PERF.—(Imponiéndole silencio, con el dedo en la boca.) ¡Niña...! ¡pst!...

PEPE.—Si no me han entendido...

PERF.—Sí te entendemos, ¡ah! Pero no nos damos por ofendidos y te perdonamos de todo corazón.

PEPE.—(Resignándose.) Pues sea lo que ustedes quieran.

CAYET.—Ya le irá tomando el gusto á nuestra humilde Orbajosa. Mañana le enseño yo todita la Catedral por dentro y por fuera, el relicario, la cripta, las telas y ornamentos, los sepulcros...

PEPE.—Ya la ví esta mañana ligeramente...

PERF.—(Interrumpiéndole.) Cuidado, Pepe: si hablas mal de nuestra hermosa iglesia, perdemos las amistades. Tú sabes mucho; eres una eminencia, una celebridad... pero si has de descubrir que esta santa fábrica no es la octava maravilla, guárdate en buen hora tu ciencia y déjanos en nuestra feliz ignorancia.

PEPE.—Señora mía, lejos de creer que no es bella la Catedral, lo que de su interior he visto me parece de imponente gallardía.

PERF.—Bien, hombre, bien: lo dices por tenerme contenta.

ROSAR.—Le gusta, sí; le gusta.

INOC.—Gracias, mil y mil gracias, señor don José. Yo pensé que usted, como gran matemático y materialista furibundo, menospreciaría nuestro templo diocesano, y nos diría que le parece más bello y grandioso cualquier almacén ó mercado de hierro.

PEPE.—(Ligeramente ofendido.) ¡Pero, señor mío!...

PERF.—(Interrumpiéndole.) Y aunque lo sientas, harás bien en no decírnoslo, y te agradeceremos tu delicadeza.

PEPE.—(Nervioso.) ¡Nada, no quieren entenderme!...

ROSAR.—(Le entienden al revés.)

PERF.—¿Te incomodas?

PEPE.—¡Oh, no!... Pero... Empiezo por decir que ni yo soy sabio ni...

INOC.—(Con viveza.) Lo es, y de los más eminentes de por allá.

PEPE.—(Un poquito quemado.) Gracias, señor don Inocencio. No admito la lisonja.

INOC.—Acepte el elogio sincero, porque tras él, si el señor don José me lo permite, señalaré lisa y llanamente la sombra que veo junto á esa luz excelsa de su sabiduría.

PEPE.—¡La sombra!

ROSAR.—(Alarmada.) (¡Ay, Dios mío! ¿Qué sombra será esa?)

INOC.—¿Usted ha cultivado las ciencias?

PEPE.—Sí, señor.

INOC.—Con extraordinario aprovechamiento.

PEPE.—Regular.

INOC.—Provecho para la inteligencia, desventaja para el corazón; porque la ciencia, tal como la estudian y propagan los modernismos, es la muerte del sentimiento y de las dulces esperanzas con que nuestras pobres almas se consuelan de las miserias de esta triste vida.

PEPE.—(Que se ha levantado y va de un lado á otro.) Poco á poco, señor mío.

PERF.—La ciencia todo lo reduce á guarismos, reglas, rayas y formulillas, y quiere hacer del mundo una gran máquina.

PEPE.—¿Quien ha dicho eso? Pero, señor, ¿qué tiene que ver...?

ROSAR.—(Aparte á Pepe Rey.) No le contradigas. Dí á todo que sí.

CAYET.—Pepe, tómalo con calma.

PERF.—¿Pero te incomodas?

PEPE.—Sí: me incomoda tanto llamarme sabio... y científico, y...

PERF.—Si lo eres.

PEPE.—Y saldrá á relucir otra vez la dichosa materia...

PERF.—Si es tu fe.

PEPE.—Señora...

PERF.—No, conmigo no discutas; aquí don Inocencio sabrá contestarte.

INOC.—¿Yo?... ¿Qué puedo yo contra adalid tan fuerte?...

PEPE.—¡Y dale! Pues yo le digo á usted... (Conteniéndose)

PERF.—A ver, á ver...

ROSAR.—(Alarmada.) ¡Pepe, cuidado...!

PERF.—Habla, hombre. ¿Qué ibas á decirnos?

PEPE.—(En el centro de la escena, en pie.) Que sí... que sí, que yo defiendo la ciencia. (Con brío.) La defiendo porque es mi madre, porque le debo lo poco que soy. Y diré al señor don Inocencio, á nuestro insigne humanista gloria de Orbajosa, que la ciencia, por ley ineludible, ha venido á derribar tanto ídolo vano, la superstición, el sofisma, las mil mentiras del pasado, bellas las unas, ridículas las otras. Adiós, sueños torpes, embriagueces dulces de la imaginación. El género humano ya no es niño, es hombre, y os ha trocado por la verdad. La ciencia ha realizado este prodigio; la ciencia, hija de Dios también, señor don Inocencio, aunque usted no quiera; la ciencia, que como un astro espléndido ilumina y calienta el mundo, pues no sólo disipa las tinieblas, sino que destruye las corrupciones producidas por la obscuridad.

ROSAR.—(Muy apurada, aparte á Pepe Rey.) ¡Por Dios, mamá se enoja!

PERF.—¡Vaya, vaya...!

CAYET.—(A Pepe Rey.) Cuidado, Pepe...

INOC.—(Aparte á doña Perfecta.) Panteísmo puro. (Alto.) Emplearía yo armas de sentimiento, argumentos teológicos, sacados de la revelación, de mil autoridades religiosas y profanas. Pero sólo conseguiría que se riera de mí y de mis vulgares razones nuestro gran matemático, hombre eruditísimo, pero sin Dios.

PEPE.—¡Oh, eso no!

PERF.—Porque no te atreves á decirlo.

PEPE.—(Con firmeza.) ¡No, no!

CAYET.—¡Ea! basta ya. (Se levanta, queriendo poner paz.)

ROSAR.—(Levantándose.) No se hable más de cosas tan poco divertidas. (Pasa al lado de don Inocencio.)

PERF.—Tú te sofocas, y sin quererlo enseñas la oreja materialista.

PEPE.—¡Por Dios, tía: no es eso!...

CAYET.—¡Ea! vuélvanse cañas las lanzas.

ROSAR.—Don Inocencio, sea usted amigo de Pepe.

INOC.—Sí, hija mía; amigo, sí.

ROSAR.—Dense las manos.

INOC.—Y los brazos. (Adelantándose, abraza friamente á Pepe Rey.)

ROSAR.—Así.

PERF.—Abrázale, y mírale como maestro.

INOC.—¡Oh, eso no!

PERF.—Sabe más que tú.

PEPE.—¿Quién lo duda? Infinitamente más.

LIBR.—(Entrando por la derecha.) Señora, las señoras de Cirujeda. (Vase Librada.)

CAYET.—Visita... (A Pepe Rey.) Vámonos nosotros á la biblioteca.

PEPE.—(Aparte á don Cayetano.) Sí, á la biblioteca: quiero descansar de este hombre. (A doña Perfecta.) ¿Viene Rosario con nosotros á revolver papelotes?

PERF.—(Que ha estado hablando con don Inocencio.) Tendrá que venir conmigo á recibir á esas buenas amigas.

ROSAR.—Mamá, déjame. ¡Son tan fastidiosas esas pobrecitas viejas! Prefiero los pergaminos de mi tío.

PERF.—Hija, un momento no más; después que las saludes, te subes á la biblioteca.

ROSAR.—(A Pepe Rey y don Cayetano.) Pues hasta luego.

PEPE.—(Aparte á Rosario.) Me aguardarás en la huerta. Yo saldré pronto.

PERF.—¿Don Inocencio se queda por aquí? ¿Por qué no se va á descabezar su siestecilla en un sillón del comedor?

INOC.—(Acomodándose en el sillón rústico.) Si estoy aquí tan ricamente. Ya sabe usted mi costumbre. Cierro los ojos. Quince minutos de descanso cerebral me bastan.

PERF.—Pues adiós. (Vanse doña Perfecta y Rosarito por la puerta de la casa.) A descansar.

PEPE.—Don Inocencio...

INOC.—Hijo mío, á divertirse viendo esas maravillas de la antigüedad.

ESCENA V

D. Inocencio, María Remedios.

Inoc.—(Queriendo dormirse.) *Satis est requiescere lecto, si licet, et solito membra levare thoro...*

Remed.—(Que sale por el foro.) Señor tío, déjese ahora de sueñecicos.

Inoc.—(Despabilándose.) Pero, mujer...

Remed.—Tenemos que hablar... Buena nos ha caído con la llegada de ese iscariote... La niña, el ángel de la casa, la palomita sin hiel, ¡ah, mundo mentiroso, mundo falaz! se nos va, se nos escapa... Por de pronto, el primo... le gusta.

Inoc.—¿Cómo sabes...?

Remed.—Mientras aquí charlaban, yo, detrás de aquellos árbòles, atisbaba la cara de la niña... Nada, que los ojos de una chiquilla enamorada, dicen más verdad... que un misal.

Inoc.—Podrías equivocarte. Es pronto todavía...

Remed.—¡Ah, señor tío! Mientras el ingeniero echaba aquellos despotriques de la ciencia, la niña con los ojos... se lo comía.

Inoc.—¡Bah, bah!... No seas cócora... Ya salió tu carácter inquieto, inflamable, levantisco...

Remed.—Dios me ha hecho á mí súpita y acometedora para ganar estas batallas, como le ha hecho á usted cachazudo y timorato para perderlas.

Inoc.—Bueno, mujer.

Remed.—Y si usted y la señora se descuidan, se nos deshace, como la sal en el agua, la colocación del niño. ¡Vaya una gloria casarle con la hija única de doña Perfecta; amasarnos, como quien dice, con personas tan principales...! Y ya estaba la pasta hecha. No faltaba más que meterla en el horno. Pero da el demonio una patada, y ¡zas! el ingeniero... ¡Ah! lloraría de rabia, sí, señor. ¿De qué le

vale ahora á mi Jacinto ser tan buen cristiano, y saber todo lo que sabe, como un serafín de Dios?

INOC.—Mujer, ten calma... No te aturrulles... Yo creo que al fin...

REMED.—Pero si la señora está siempre con él hecha unas mieles... «Queridísimo Pepe, sobrino mío, hijo de mi alma.»

INOC.—¿Pues qué ha de hacer la señora...? Mira, oye... Nuestra bonísima doña Perfecta no quiere casar á Rosario con el señor de Rey... Claro: su conciencia no puede transigir con la impiedad. No quiere, no... Pero con respecto á su hermano, no se opone ostensiblemente, no dice que no, no puede decirlo. Remedios, no puede... Ahí tienes el conflicto en que se ve la santa señora.

REMED.—Pues ese, como no lo echen á zapatazos...

INOC.—Déjate de tonterías... ¿Tú qué sabes? Déjanos á la señora y á mí, y no te metas en nada, ni vengas aquí, ni andes con chismes, ea... Vete á casa, y que no deje de venir Jacintillo esta tarde.

REMED.—Ya le dejé preparándose... Voy á darle la última mano. Le pondré como un sol... el chaqué nuevo, que le llevó ayer el sastre... pantalón de cuadritos, todo por figurín; su corbatita azul, sus guantes... ¡ay, y que le caen tan bien!

INOC.—Bueno, pues anda... á casa.

REMED.—Me voy. (Viendo salir á Librada por el comedor.) ¡Ah!... á ver qué trae ésta.

LIBR.—Señor don Inocencio...

INOC.—¿Se fueron esas señoras?

LIBR.—Han bajado á la huerta con la señora. La señora, que haga usted el favor de ir, que tiene que hablarle.

INOC.—Voy allá. (A María Remedios.) Vete ya.

REMED.—(Viendo venir á Rosarito, que aparece viniendo de la huerta.) ¡Ah! la niña...

INOC.—Déjala... no le digas nada. Temo tus inconveniencias... ¡A casa! (A Rosarito.) No entretengas á ésta, no le des cuerda, que habla más que una cotorra... Tiene que hacer en casa. (Vase hacia la huerta.)

ESCENA VI

ROSARITO, MARÍA REMEDIOS.

ROSAR.—Cotorrita, ya oíste lo que dice tu tío.

REMED.—Sí, me voy... (Con fingida aflicción.) Mi hijo me aguarda. No puede estar sin mí, ¡pobre ángel! Está tan triste, tan caidito, tan... Para ver si se distrae, le he mandado que venga acá esta tarde.

ROSAR.—Sí, que vengan...

REMED.—¡Ay! temo mucho que la murria me le mate.

ROSAR.—¿Por qué? ¡Pobrecillo!

REMED.—Y el cuento es que no quiere venir. Cuesta Dios y ayuda hacerle salir á la calle.

ROSAR.—Eh, no exageres... Tú siempre con esos extremos... (Remedándola.) «¡Oh, mundo amargo, mundo abominable!...» Mira, le dices á Jacinto que yo le mando venir.

REMED.—Puede que sea peor...

ROSAR.—Quiero que le conozca mi primo.

REMED.—¿Quieres que le conozca...? Yo también deseo conocerle... Dicen que es muy simpático.

ROSAR.—Sí.

REMED.—Y que sabe más que Merlín.

ROSAR.—¡Lo que sabe!

REMED.—Pues el niño se alegrará... yo también... ¡y le daría yo un abrazo muy apretado, muy apretado!... (Bruscamente.) Adiós. (Se va rápidamente por la izquierda.)

ESCENA VII

ROSARITO, PEPE.

ROSAR.—(En la puerta de la biblioteca.) ¿Qué haré? Me dijo que en la huerta. Pero si allá está mamá con esas viejas charlatanas, insoportables... ¿Subiré á la biblioteca? No, no: me dijo que esperara.

PEPE.—(Por la puerta que conduce á la biblioteca.) Te sentí llegar. He engañado al buen bibliómano, diciéndole que sentía un fuerte dolor de cabeza y necesitaba acostarme. El pobre señor allá se queda solo, nadando en un mar de preciosos manuscritos.

ROSAR.—¿Y de veras no te duele la cabeza?

PEPE.—No, no.

ROSAR.—Yo creí que sí, con aquellas discusiones que no vienen á cuento.

PEPE.—Hija, el tal don Inocencio me enciende la sangre.

ROSAR.—¡Pobre señor, es tan bueno!

PEPE.—Dime, ¿es el amigo íntimo, el consejero de la familia?...

ROSAR.—Sí, viene todos los días.

PEPE.—Dios nos tenga de su mano.

ROSAR.—¿Por qué? Me quiere mucho, y le quiero.

PEPE.—Entonces será forzoso que yo le quiera también. Me dijo don Cayetano que tiene una sobrina.

ROSAR.—Ahora mismo salió de aquí... ¡Tan buena la pobre...!

PEPE.—Madre de un jovencito...

ROSAR.—A quien conocerás luego. Es gente honradísima. Los tres nos quieren con locura.

PEPE.—Si no entendí mal, son de origen humilde.

ROSAR.—María Remedios fué criada de casa... Pero de esto hace mil años...

PEPE.—Y después, se han crecido...

ROSAR.—Heredaron algo de un hermano de don Inocencio que murió en la Habana, y hoy viven con holgura modesta y son muy considerados en la ciudad.

PEPE.—Bien, bien (Cogiéndola una mano y llevándosela hacia la huerta): vámonos.

ROSAR.—¡Ay! no puede ser allá. Mi madre y las de Cirujeda y don Inocencio andan de palique por la huerta de abajo.

PEPE.—(Deteniéndose.) ¡Cuidado que es desgracia la nuestra! En todo el día no hemos encontrado un ratito de soledad...

ROSAR.—Ayer tarde, no te quejes, pudiste hablarme, decirme...

PEPE.—No hice más que desflorar mi pensamiento. Llegó tu madre, y me cortó la palabra, dejándome á media miel. Yo te decía...

ROSAR.—(Ligeramente avergonzada.) Si me acuerdo bien. No puedo olvidarlo.

PEPE.—Que desde que te ví, mi alma se sintió inundada de un gozo tan vivo...

ROSAR.—Y yo, cuando entró mamá, iba á contestarte...

PEPE.—¿Qué?

ROSAR.—Que no lo creía, que no lo creo. ¿Tan pronto...? Mira, Pepe: yo soy una lugareña, yo no sé hablar más que cosas vulgares, yo no sé francés, yo no me visto con elegancia... Vaya, no seas pillo: no puedes haber sentido. al verme, ese gozo del alma... Yo nada soy, nada valgo...

PEPE.—Para mí, más que el mundo entero.

ROSAR.—¡Jesús! ¡Que chiquito es el mundo!

PEPE.—Junto á tí, como un grano de arena. Si me conocieras como yo creo conocerte á tí, sabrías que jamás digo sino lo que siento, Yo no hablaré contigo más lenguaje que el de la verdad.

ROSAR.—El de las matemáticas, como diría, burlándose, el pobrecito don Inocencio.

PEPE.—Y como soy todo matemáticas, voy á la exactitud, y te digo: «Rosario, yo he venido aquí á casarme contigo.»

ROSAR.—(Ruborizada, bajando los ojos.) ¡Pepe, qué cosas tienes!

PEPE.—Mira, prima querida, te juro que si no me hubieras gustado, ya me habría ido yo con mi ciencia á otra parte. Con todos los esfuerzos de la cortesía y de la delicadeza, no me habría sido posible disimular mi desengaño.

ROSAR.—(Sin mirarle.) ¡Pepe, si no hace más que dos días que llegaste...!

PEPE.—Dos días, y ya sé todo lo que tenía que saber: sé que te quiero, que eres la mujer que desde hace mucho tiempo me está anunciando el corazón, diciéndome noche y día: «Ya viene, ya está cerca... ahí la tienes.»

ROSAR.—¡Ja, ja!... ¡qué gracia! (Por disimular su turbación.)

PEPE.—Tú te empeñas en que nada vales, y eres la maravilla de la Naturaleza. Para mayor gloria tuya, ignoras tu mérito inmenso, y no ves la luz, no sientes el calor divino que proyecta tu alma sobre todo cuanto te rodea. (Con entusiasmo.) Eres mi vida nueva, y yo te quiero como un tonto.

ROSAR.—¡Primo, primo mío, por Dios! (Conmovida se deja caer en una silla, con ligero desvanecimiento.) Yo te suplico...

PEPE.—¿A ver... qué me suplicas?

ROSAR.—(Pausa.) Que no me digas esas cosas...

PEPE.—¿Te molesta que yo te quiera?

ROSAR.—(Vivamente.) No, no.

PEPE.—¿Quieres que me vaya?

ROSAR.—No.

PEPE.—¿Que no te diga...?

ROSAR.—Sí, sí: dímelo.

PEPE.—Si yo tuviera la suerte, la dicha inmensa de que me quisieras tú, aunque no quisieras decírmelo...

ROSAR.—Te lo diría, sí; te lo diría... Pero no tan pronto; tan pronto no te lo puedo decir, Pepe. Ten formalidad...

PEPE.—Bueno: me lo dirás más tarde...

ROSAR.—A su tiempo... dentro de muchos días. ¡Oh, ahora, ahora no estaría bien!

PEPE.—Y cuando me digas eso, ¿me dirás que me quisiste, como yo, desde el primer día?

ROSAR.—No, antes... (Con viva espontaneidad.) Desde mucho antes de verte... Pero no: me callo... no he dicho nada todavía.

PEPE.—Aguardaré... Yo tengo paciencia... La ciencia es la paciencia, Rosario.

ROSAR.—Es que... verás. Mamá me daba á leer las cartas de tu padre, y me gustaba tanto, tanto, leer los elogios que tu papá hacía de tí... Y yo me decía...

PEPE.—¿Qué?

ROSAR.—Nada.

PEPE.—Decías: «éste debiera ser mi marido.»

ROSAR.—Si tu papá en aquellas cartas no decía nada de casorio. No, Pepe, no decía nada.

PEPE.—Pero lo decías tú.

ROSAR.—Lo que yo hacía era asombrarme mucho de que tu padre no dijese nada. ¡Qué descuido!

PEPE.—Pero al fin lo dijo...

ROSAR.—(Vivamente.) Pero esa carta no me la dió á leer mamá. Y no debía dármela... no, no... era muy pronto. Luego, llegas tú de improviso... (Aparece doña Perfecta y don Inocencio viniendo de la huerta. Tras ellos Jacintito.)

PEPE.—(Se vuelve como oyéndo los pasos.) Alguien viene.

ROSAR.—(Asustada.) ¡Ah...! mi madre...

ESCENA VIII

Dichos.—DOÑA PERFECTA, D. INOCENCIO; JACINTITO, vestido con elegancia de pueblo, sin llegar á lo ridículo.

PERF.—(Disimulando su disgusto por verlos juntos.) ¿Pero no estábais en la biblioteca con Cayetano?

PEPE.—Sí, señora; pero cansados de admirar las hermosuras de lo pasado, nos salimos aquí á charlar un poquito de las venideras.

PERF.—Temprano empezáis.

INOC.—Tengo el honor, señor don José, de presentarle al hijo de mi sobrina, Jacintito...

PEPE.—¡Oh, tengo mucho gusto!... Ya sé que es un joven de grandísimo mérito.

JACINT.—(Con modestia y cortedad.) Por Dios...

ROSAR.—Sí que lo es...

PERF.—¡Vaya!

JACINT.—No me avergüencen. ¿Qué soy yo en parangón de esta personalidad, de este sabio eminente?

PEPE.—(Riendo.) Ahora viene el incensario por acá...

INOC.—Este es un pobre muchacho, aplicadillo, eso sí...

PEPE.—Abogado ya.

PERF.—No es Jacinto de esos talentos de relumbrón que un momento fascinan, no... Es sólido, bien remachado de sanos principios.

JACINT.—Siento verdadero orgullo en tratar á un hombre que viene precedido de la fama, como gloria legítima, indiscutible de la ciencia...

PEPE.—No me avergüencen ustedes, digo yo ahora... (Siguen hablando.)

ESCENA IX

Dichos.—CABALLUCO, D. JUAN TAFETÁN, que vienen por la casa, puerta segunda derecha.

PERF.—(Adelantando á su encuentro.) ¡Oh! aquí tenemos al guapo de Orbajosa. Cristóbal Ramos... Pepe, aquí le tienes: un bruto que sabe ser héroe, hoy terror de los ladrones, perseguidor de los malos, bueno como el pan de picos: la miga blanda, la corteza dura.

INOC.—Es el célebre *Caballuco* de la leyenda...

PEPE.—De la guerra civil, ya.

CAB.—El señor ya me conoce.

PEPE.—Sí: nos encontramos en el camino cuando yo venía. ¡Ah! gallardísima figura la de usted á caballo... Yo dije que me parecía usted un Centauro.

CAB.—¿Y qué es eso?

INOC.—Monstruo mitológico, mitad hombre, mitad caballo.

CAB.—¡Ya!...

PEPE.—Y recuerdo, sí, haber oído algo de sus hazañas... como cabecilla ó guerrillero.

PERF.—Hoy tienes al héroe convertido en un vulgarísimo portador del correo...

PEPE.—Por muchos años.

PERF.—(Presentándole.) Don Juan Tafetán, amigo de casa, solterón empedernido, Tenorio jubilado.

PEPE.—Celebro mucho...

TAFET.—No haga usted caso, señor don José... ¡Ji, ji! ¿Y qué? ¿Tendremos el gusto de verle aquí mucho tiempo?

PEPE.—Puede que sí. He venido á un asunto de familia. Además, el Gobierno me ha dado una comisión...

TAFET.—¡Ah!...

PEPE.—Estudiar la cuenca del Nahara, para un trazado directo entre esta ciudad y el valle de Rejones.

TAFET.—Pónganos usted en comunicación con el valle de Josafat, y estaremos más en carácter... ¡ji, ji!...

CAB.—Pues yo... con perdón, no venía de visita, sino por hablar con la señora...

PERF.—Luego hablaremos. Toma una copa.

CAB.—(Tomando la que le sirve doña Perfecta.) El señor sobrino de la señora, á quien yo quiero como á mi madre, me tiene á sus órdenes; y si cuando se marche teme algún mal encuentro por esos caminos de Dios...

PEPE.—No pienso marcharme.

PERF.—En el supuesto de que te marches, hombre...

JACINT.—Sí; y como anda por ahí una partidilla...

CAB.—Pero yendo el señor conmigo, no hay cuidado.

PEPE.—¿Con que partidas...?

TAFET.—No se asuste usted: es el fruto de la tierra, como los ajos, ¡ji, ji!...

PEPE.—Verdad que mientras no se acabe la guerra civil, no hay territorio seguro.

CAB.—Buenos muchachos. No les he podido contener. Es el odio á las contribuciones, al Gobierno, á ese maldito Madrid, que no nos manda acá más que gente perdida... mejorando... Con usted no va nada.

PEPE.—Gracias.

PERF.—Todo ha sido por la amenaza del Gobierno de mandarnos tropas, que ninguna falta nos hacen.

ROSAR.—(A don Inocencio.) ¡Qué cargante es esto de la guerra!... Partidas por aquí, soldados allá.

INOC.—Dios permite la guerra...

ROSAR.—¿Cuándo?

INOC.—Cuando desea que los hombres amen la paz.

PEPE.—(Formando grupo, á la derecha, con Tafetán y Jacinto, mientras Caballuco y doña Perfecta pasan al otro lado.) En vez de andar á tiros por ahí, más cuenta les tendría labrar bien sus tierras...

JACINT.—Es que Orbajosa, señor don José, es pueblo de mu-

chísimo orgullo, de muchísimo tesón... Siempre que defendió una causa con las armas, dió mucho juego esta dichosa tierra del ajo. Y ahora parece que el Gobierno, al mandar soldaditos, la provoca, la reta...

PEPE.—No es reto; es precaución.

TAFET.—¡Bah! No correrá la sangre al río. (Siguen hablando.)

PERF.—(A Caballuco, en el otro lado.) Harías bien en contener á esos locos que se han lanzado á los caminos.

CAB.—Dejarlos... Nunca está de más enseñar los dientes al Gobierno.

PERF.—(Obsequiando á Caballuco, que se ha sentado junto á la mesa de la derecha.) Toma un cigarro. ¿Quieres otra copa? (Se la sirve.)

PEPE.—(Contestando á algo que ha dicho Jacinto.) Amigo mío, no veo relación ninguna entre la filosofía alemana y las partidas de Orbajosa.

JACINT.—Yo sí... (Con pedantería.) Y dígame, señor don José, ¿qué piensa usted del darwinismo?

PEPE.—(Sorprendido.) ¿Yo?... Nada. Mis estudios han sido de índole muy distinta.

INOC.—(Llenando una copa.) Todo se reduce á sostener que descendemos... (Ofreciendo la copa á Pepe Rey.) Don José, una copita.

PEPE.—(La acepta.) Gracias. (Bebe un poco.)

PERF.—(Ofreciendo á Tafetán.) Tafetán, una copita.

PEPE.—Pues el darwinismo es una doctrina respetable que no puede tratarse en solfa.

CAB.—(Que no entiende el término.) ¿Cómo se llama eso? (Sin moverse de su asiento oye.)

TAFET.—¡Menudas agarradas hay en el Casino por eso del darwinismo y los monos...! ¡ji, ji!

JACINT.—En esa doctrina hay que distinguir entre los estudios experimentales, que son muy buenos, y las consecuencias filósoficas, que son deplorables.

PEPE.—En efecto: la experimentación fundamental es asombrosa. Yo creo...

PERF.—(Con sequedad, interrumpiéndole.) ¡Pepe...!

PEPE.—Señora.

PERF.—¡Si piensas defender esas ideas absurdas, hazlo donde yo no te oiga!

ROSAR.—¡Mamá, si no ha dicho nada!

PEPE.—Yo no defiendo nada. Decía...

PERF.—Mira que ya tienes muy mala fama en Orbajosa.

PEPE.—¡Yo... mala fama!

INOC.—Nada. Es que la gente viciosa da en decir si es... ó no es.

PEPE.—(Quemándose un poco.) Pero ¿qué soy?

ROSAR.—(¡Qué es, Dios mío!)

PERF.—(Con aparente cordialidad.) No te enfades... Ya sé yo que eres bueno, tan bueno como tu padre, y te queremos mucho. ¡Pues no es floja batalla la que he dado hace un rato en tu defensa!

PEPE.—¡En mi defensa!

INOC.—Lo presencié. Su tía le defendió á usted como una leona.

PEPE.—¡A mí!

PERF.—Nada, hombre. Que estuvieron aquí las de Cirujeda, unas señoras muy respetables...

ROSAR.—(Y muy charlatanas, y muy venenosas.)

PERF.—Y me dijeron que han oído decir... Nada: que si eres ó no eres incrédulo...

PEPE.—Pero esas señoras no me conocen... ¡Vaya con las pécoras...!

PERF.—¡Eh! no las injuries, que son muy buenas cristianas, muy comedidas, muy principales...

INOC.—Dijeron mil simplezas: que usted no cree que Dios nos crió á su imagen y semejanza...

PERF.—Sino que tenemos por ascendientes á los orangutanes ó á las cotorras.

PEPE.—¡Yo... qué desatino!

PERF.—Y que aseguras que el alma es una droga... como los papelillos de magnesia ó de ruibarbo que se venden en la botica...

ROSAR.—(¡Qué iniquidad! ¡Estúpidas!)

PEPE.—¡Pero esas señoras están locas! Que yo... Llévenme á su casa para decirles que las han engañado.

PERF.—Cálmate... ¡Ay, sobrino, cómo te defendí...! ¡Si me hubieras oído...! Cierto que no pude convencerlas. Pero por mí no quedó... Yo sé que eres bueno, delicado, y que no has de defender aquí públicamente, lastimándome á mí y á todo el pueblo, esas abominaciones.

PEPE.—(Con gradual enojo.) ¡Si yo no pienso eso!... ¡Si no lo he pensado nunca!... Pero usted, tía, ¿qué idea tiene de mí...? ¡Esto ya es ofensivo, esto es deseo de molestarme!... No, tía: usted no cree...

INOC.—La señora no le acusa á usted; no hace más que advertirle que, si por acaso profesase esas ideas, se guarde de manifestarlas aquí.

PERF.—Justo.

CAB.—Eso: que si lo piensa, se lo calle.

PEPE.—¿Pero qué es esto? ¿Se han propuesto aquí volverme loco...? Claro, yo tengo mis ideas, que seguramente en algo han de discrepar de las de ustedes.

PERF.—¿Ves, ves?

ROSAR.—(Muy nerviosa, á Jacinto.) Pero, tonto, Jacinto, ¿qué haces que no sales á su defensa?

JACINT.—¿Yo?... ¡Dios me libre! Ya sabrá él defenderse. (Con pedantería.) El racionalismo, hijo legítimo de la experimentación, encuentra en el arsenal de las ciencias físico-naturales armas terribles para su defensa.

INOC.—No está mal.

JACINT.—Por eso el señor don José se cree inexpugnable en su fortaleza científica, y nos mira con lástima á los pobres romancistas que preferimos la fe á la ciencia...

PERF.—Y vivimos obscuramente en la simplicidad y en el santo temor de Dios, con nuestra conciencia bien tranquila.

PEPE.—(Subiendo gradualmente en su enojo.) La mía también lo está.

PERF.—A saber. Pero llegará día, ¡ay! en que reconozcas tus errores, y abjures de toda esa ciencia insana.

INOC.—Distingamos, sí, la ciencia útil, la ciencia verdadera, de la...

PEPE.—¡Dale con la ciencia! (Conteniendo su ira con dificultad, próxima á estallar.) Por Dios, don Inocencio, ¿qué sabe usted lo que es la ciencia?

PERF.—Mejor que tú.

PEPE.—¿Y usted qué sabe?... ¡La ciencia! (Sin poder contenerse.) ¡Oh, no puedo más! (Estallando.) ¿Para qué hablan de ciencia, para qué la nombran siquiera, aquí, en esta madriguera de la superstición, del fanatismo y de la barbarie...?

PERF.—¡Jesús! (Llevándose las manos á la cabeza. Todos manifiestan asombro y miedo.)

PEPE.—(Con ardor.) Y no me digáis que en medio de este salvajismo viven las santas creencias. No... la verdadera piedad aquí no existe. No hay más que un artificio muy tosco, y un antifaz muy negro para esconder la discordia, el miedo á la luz...

PERF.—(Cogiendo á Rosario y llevándosela hacia la casa.) Hija mía, vámonos de aquí... No podemos oir esto.

PEPE.—(Viendo á Rosario, que aterrada se aleja.) ¡Ah!... ¿qué he dicho?... (Como si volviera en sí.) ¡Oh, qué ofuscación!... Es que me han irritado... No, no, no he dicho nada... No, no, querida tía; Rosario...

ROSAR.—(Llorando.) ¡Ay de mí!

PEPE.—Señora... perdóneme usted.

PERF.—Te perdonamos; pero no te oímos, no. Vámonos... Puedes seguir... sigue...

PEPE.—(Aturdido.) No, si no digo nada; si yo... señor don Inocencio, Jacinto, señores... (Todos permanecen mudos y se van escabullendo hacia la casa.) ¡Y es ésta la paz que creí encontrar aquí!

CAB.—Si usted quiere marcharse de Orbajosa, ya sabe...

PEPE.—¿Marcharme...? No, no. (Con gran firmeza.) Aquí triunfo, ó muero.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala baja en la casa de doña Perfecta.—Al foro izquierda, una ventana grande que da á la calle ó al jardín; al foro derecha, puerta grande por donde entran los que vienen del exterior.—A la derecha, en primer término, una puerta, de la cual arranca la escalera interior que conduce á las alcobas de la casa.—En el segundo término, el paso al comedor. A la izquierda, la puerta del cuarto de Pepe Rey.—La estancia es anticuada, patriarcal, revelando las costumbres rutinarias de una familia rica y noble que vive en un pueblo. Mucha limpieza y arreglo en el mueblaje, que también es antiguo y de cierto valor artístico.—Cuadros religiosos y de familia.—Mesa á la izquierda, y en ella una lámpara encendida.—Empieza el acto después de anochecer.

ESCENA PRIMERA

PEPE REY, muy abatido, echado en un sillón; D. CAYETANO, que entra por la derecha.

CAYET.—¿Pero qué tienes...? ¿aburridito...?

PEPE.—¡Loco!

CAYET.—Por no hacerme caso... Si hubieras querido ayudarme á coordinar las *Vidas de orbajosenses ilustres*... Seis horas se me han pasado en un soplo.

PEPE.—Yo no arreglaría á los orbajosenses ilustres y no ilustres, más que de una manera.

CAYET.—¿Cómo?

PEPE.—A tiros.

CAYET.—¡Bah!... ya estás con tu idea maniática.

PEPE.—¡Qué vida la mía! Se reduce á vagar por este feísimo pueblo, en compañía de don Juan Tafetán, que es mi único amigo. Hemos visto la catedral no sé cuántas veces. Por cierto que esta mañana...

CAYET.—¿Qué?

PEPE.—Nada... Pues el pobre Tafetán se desvive por distraerme: me lleva á las huertas, á visitar ruínas celtíberas ó romanas; me pasea por todo el pueblo, me introduce en las tertulias de la botica ó de las tiendas, procura, en fin, disipar el tedio inmenso que me consume. (Exaltándose.) ¡Esto es horrible, esto no tiene nombre!... Vivo en esta casa, y ya van cinco días, cinco, que no puedo ver á Rosario... «Que está enferma, que duerme de día, que no quiere ver á nadie, y tal y qué sé yo...» ¡La esconden de mí, me apartan de ella como un apestado!

CAYET.—¡Hombre, no! La niña tiene un arrechucho nervioso que exige, según los médicos, descanso, soledad, aislamiento.

PEPE.—¿Pero es tan grave su mal, que yo, su primo, su... iba á decir su prometido, en fin, yo, no puedo pasar á verla?

CAYET.—No sé...

PEPE.—¡Ah, mi buen don Cayetano, si viera usted qué cosas se me ocurren! Mis pensamientos son negros, huraños, recelosos, como el pueblo en que vivo. He dado en creer que la enfermedad de Rosario es un artificio de su madre para que la pobre niña no pueda verme ni hablarme...

CAYET.—¡Por Dios, Pepe...! No, no: eso no te lo paso... ¡Suponer que Perfecta, que es toda bondad, cariño, dulzura...! No, hijo, no, no.

ESCENA II

Dichos.—JACINTITO, por la izquierda, con un fajo de papeles, como de pleito.

JACINT.—Señor don José... ¿Le molesto?

PEPE.—¡Ah!... Jacintito... ¿qué tal?

JACINT.—Pasando. ¿Y usted?... Señor don Cayetano... Pues... mucho siento, señor don José, tener que hablar á usted de este desagradable asunto.

PEPE.—¿El pleito?... digo, *los*... porque ya pleitea conmigo medio Orbajosa.

CAYET.—¿Y tú defiendes á ese marrullero de Licurgo?

JACINT.—No, señor.

PEPE.—¿A los Farrucos?

JACINT.—Ellos quieren; pero mi amistad con esta familia no me permite encargarme de tal defensa. Señor de Rey, he estudiado detenidamente el asunto, y... como letrado y como amigo, me tomo la libertad de aconsejarle que transija.

PEPE.—(Indignado.) ¡Transigir con esa pillería! ¡Acceder á sus enredos! ¡Nunca!

JACINT.—Mire usted que el Juez ha dictado una providencia, mandando... Ahí tiene, para que se entere... (Deja los papeles sobre la mesa.)

PEPE.—No necesito ver nada. ¿Son ellos tercos? Yo más.

CAYET.—(Interrumpiéndole.) Con todo, Pepe, vale más que cedas...

PEPE.—(Con energía.) No, no... Odio á la negra Orbajosa, y á todos sus habitantes.

ESCENA III

Dichos.—Doña Perfecta, por la derecha.

Perf.—(Con zalamería.) ¿También á mí?

Pepe.—A usted no... (Dudando.) Querida tía... A usted no.

Perf.—¿Por qué tan furioso?

Pepe.—Porque me siento extranjero en esta ciudad tenebrosa de pleitos, de antiguallas, caciquismo y envidia solapada... No puedo vivir más tiempo aquí. Me voy, me voy; pero entiéndase bien, sin desistir de lo que aquí me trajo. Señora, yo vine á casarme con su hija de usted. Démela usted, y me voy.

Perf.—¿Lo ven ustedes? Si es una centella. ¡Qué carácter, Dios mío! Y hay que tener cuidado con él, pues á lo mejor, por cualquier palabrita, se dispara y nos llama bárbaros, supersticiosos...

Cayet.—Querido Pepe, ten calma. Ya sabes que mi hermana con muchísimo gusto te llamará su hijo. Rosario no se opondrá tampoco queriéndolo ella. ¿Qué falta, pues? Nada más que un poco de tiempo.

Perf.—Vamos, como tú no piensas más que en máquinas, todo quieres llevarlo al vapor, ¡hala, hala! Espera, hombre, espera. Ese aborrecimiento que le has tomado á nuestra pobre ciudad, es una monomanía absurda.

Pepe.—(Descorazonado.) Es que hasta las piedras parecen levantarse contra mí.

Perf.—¿Lo dices por los pleitos? ¿Tengo yo la culpa? Que te diga éste (Por Jacinto) la chillería que anoche le eché al buen Licurgo.

Jacint.—Sí, sí: buena peluca se llevó, por su furor jurídico y litigante.

Pepe.—Y hay más: desde que estoy aquí no he recibido carta de mi padre.

Cayet.—No te habrá escrito.

Pepe.—Imposible. (Oyendo aldabonazos en la puerta de la casa.)

Perf.—El correo.

CAYET.—Veremos lo que trae. (Vase don Cayetano por la izquierda.)

PERF.—Puede que hoy recibas carta.

PEPE.—Señora doña Perfecta, ó yo tengo la cabeza trastornada, ó me salen enemigos de todas las grietas, de todos los rincones de este pueblo fatídico. Veo sombras que corren tras de mí, ó se adelantan buscándome las vueltas; rostros entapujados que me acechan...

PERF.—¿Pero, hijo, tan científico, y crees en fantasmas?

JACINT.—Don José, no recele de esta hidalga gente.

CAYET.—(Entrando con varias cartas.) Hay una para tí.

PERF.—Gracias á Dios. A ver si es de tu padre.

PEPE.—(Cogiendo la carta.) No, no es de mi padre. ¡Si es un pliego del Ministerio! (Lo abre y lo lee rápidamente.) ¡Oh! (Atónito.)

PERF.—¿Qué es eso, hijo?

CAYET.—¿Qué?

PEPE.—Una comunicación del Ministro de Fomento, relevándome del cargo que me confirió en esta zona.

PERF.—¡Cómo! ¿Es posible...?

JACINT.—Pero de un Gobierno así, ¿qué se puede esperar?

CAYET.—¡Infamia mayor!

PEPE.—(Muy nervioso, arrojando el pliego sobre la mesa.) ¡Oh, yo descubriré la mano misteriosa...!

PERF.—¡Ay, Dios mío! ¿También de esto le echas la culpa á nuestra pobre patria, donde todo es buena voluntad, paz, sencillez...?

PEPE.—(Con tenacidad.) ¡Ah, sí: este tiro ha salido también de aquí! Mi corazón lacerado me lo dice á gritos. No puedo, no puedo dudarlo. En esto, como en lo otro, veo una persecución sistemática, una guerra insidiosa.

CAYET.—Pepe, no seas niño.

JACINT.—Nada, es manía...

PERF.—Iluso, vuelve tus ojos á Madrid; dirige tus sospechas á los políticos corrompidos, á los compañeros envidiosos... (Vivamente.) Te advierto una cosa, y es que si quieres ir allá para averiguar la causa de este desaire, y pedir explicaciones al Gobierno, no dejes de hacerlo por nosotros...

PEPE.—¿Qué? (Fija los ojos en el semblante de su tía, como queriendo escudriñar sus más escondidos pensamientos.)

PERF.—(Con calma admirable y tono de la más perfecta lealtad.) Digo, que si quieres ir, sobrino mío... vayas... ¿A qué ese asombro?

PEPE.—(Después de una pausa.) No, señora... no pienso ir allá.

PERF.—Mejor...mejor.

CAYET.—Aquí estás más tranquilo. ¿Qué te falta?

PEPE.—Ver á Rosario. (A doña Perfecta.) ¿Hoy tampoco?

PERF.—Hoy no puede ser. Mañana.

PEPE.—Lo mismo dijo usted ayer: mañana.

PERF.—El médico ha mandado que no entre nadie á verla. Pero está mejor. Se va calmando, calmando...

CAYET.—¡Ah, los condenados nervios! el mal de la familia. Pero todo esto, señores míos, señora hermana, no será obstáculo, supongo, para que cenemos.

PERF.—Aún es temprano. Pero si quieren ya...

PEPE.—Yo no ceno.

PERF.—¡Otra!

PEPE.—No tengo gana. He merendado en el Casino.

PERF.—Bueno. Tú, Jacintillo, te quedarás á cenar.

JACINT.—Si usted lo manda...

PERF.—(A Pepe Rey.) ¿Sales?

PEPE.—No: tengo que escribir.

JACINT.—Don José, no deje de enterarse. (Señalándole los papeles.)

PEPE.—(Con hastío.) No por Dios. Quedamos en que no transijo...

JACINT.—Lo siento... Usted verá...

PERF.—Eso, eso. ¡A sangre y fuego! Consúmete la figura, revuélvete los humores, hombre rencoroso y soberbio. Aprende de mí; mírate en mi serenidad, en mi mansedumbre ante las adversidades. Estas, como las dichas, vienen de Dios. Yo las acepto... y callo.

PEPE.—(Con calma sombría, mirándola fijamente.) Ya aprendo, señora, en ese libro; ya me miro en ese espejo.

TAFET.—(En la puerta del foro.) ¿Se puede?

PERF.—Aquí tienes á tu gran amigote y compinche.

ESCENA IV

DOÑA PERFECTA, PEPE REY, D. CAYETANO, JACINTITO, D. JUAN TAFETÁN.

TAFET.—Ilustre señora, nobles caballeros...

CAYET.—Bien venido sea el primer punto de Orbajosa, y el prototipo de la vejez pizpireta.

PERF.—Celebro que venga usted, Tafetán: este señorito se nos muere de tristeza, y usted sólo sabe alegrarle (1).

CAYET.—Corriéndola por ahí, día y noche.

PERF.—¡Sabe Dios, sabe Dios!... ¡Ay, Tafetán! tiemblo de ver á mi sobrino en tan mala compañía.

JACINT.—¡Y tan mala! Este don Juan es tremendo. ¡Si supiera usted sus aventuras!

TAFET.—Jacintito, flor temprana, no hables de mis aventuras, que nos ruborizamos.

JACINT.—¡Viejo verde!

TAFET.—Verdura me dé Dios, alegría honesta para pasar los cansados años.

LIBR.—(En la puerta del comedor.) Señora, la cena.

PERF.—¿Quiere usted cenar, don Juan?

TAFET.—Mil gracias, señora.

PERF.—(Agarrando á Jacintito por el brazo.) Vamos. (Vanse los tres.)

ESCENA V

PEPE REY, D. JUAN TAFETÁN.

TAFET.—¿Nos echamos á la calle?

PEPE.—No: estoy fatigadísimo.

TAFET.—Como que anduvimos hoy todas las estaciones: Casino, botica, alameda, tienda del Valenciano, y, por fin,

(1) Pepe Rey, Tafetán, doña Perfecta, Jacintito, don Cayetano.

paseo por las calles para ver las niñas guapas. ¡Y que las hay hermosas!

PEPE.—Para mí no hay hermosura, ni amenidad, ni alegría en ninguna parte.

TAFET.—¡Ji, ji!... Vamos, ¿á que le pongo yo á usted en un periquete, con dos palabritas, más alegre que unas Pascuas?

PEPE.—¿A que no?

TAFET.—¿A que sí? ¡Ji, ji!... (Con misterio.) Quiero ayudarle á usted de una manera práctica y eficaz en la lucha que sostiene... Nada, queridísimo amigo, que *este cura*, Juan Tafetán, le va á sacar á usted de penas.

PEPE.—Veámoslo.

TAFET.—Deme usted un abrazo, ¡ji, ji!...

PEPE.—Explíquese.

TAFET.—La señora doña Perfecta, que es tremenda... esa sí que es tremenda, tremebunda... ya la irá usted conociendo... le ha cortado á usted toda comunicación con la angelical Rosarito.

PEPE.—Sí... Y que no hay en el mundo criados más incorruptibles que los de esta casa.

TAFET.—¡Ji, ji!... Venga otro abrazo. Y la más incorruptible, Librada, guardiana ó cancerbera de la señorita. Usted ha intentado sobornarla...

PEPE.—Inútilmente. Su fidelidad es arisca, punzante, feroz...

TAFET.—Feroz... ¡ji, ji!... esa es la palabra. Pues bien: á esa fiera ya la tiene usted domada.

PEPE.—¿Qué me dice, don Juan? ¿Por qué medio?

TAFET.—Por uno tan fácil como grato para mí. Es mi genio, ¡ji, ji!... Es mi flaco, ¡ji, ji!... mi fuerte, mejor dicho.

PEPE.—¿Pero cómo?

TAFET.—Haciéndole el amor... ¡ji, ji!...

PEPE.—¡El amor!

TAFET.—No se escandalice. Es platónico... Restos, amigo Pepe, restos marchitos de una existencia consagrada á la galantería, ¡ji, ji!...

PEPE.—¿Pero es de veras?

TAFET.—Como usted lo oye. Esta tarde en la plaza, después de dejarle á usted, y esta noche en la tienda, hemos quedado de acuerdo. ¡Oh, yo soy de una sombra increíble pa-

ra estas cosas! La he vuelto loca, Pepe; loquita. Con esto, y con ofrecerle colocar en el Fielato á su novio, se ha pasado del partido de la tía al del sobrino. En suma, que Librada, el cancerbero implacable, se compromete á llevar y traer toda la correspondencia que exijan estas aflictivas circunstancias.

PEPE.—(Con viveza.) ¡Oh, felicidad! Voy á escribirle.

TAFET.—Espérese usted. La niña está acongojadísima. No hace más que llorar.

PEPE.—Y maldecir su forzoso encierro.

TAFET.—Del cual se consuela pensando en su primo, á quien adora, y saliendo en su busca...

PEPE.—(Sorprendido.) ¿Cómo es eso?

TAFET.—¡Ji, ji!... No hay jaula bastante segura para un pajarito que quiere volar... (Bajando la voz.) Anoche, Rosarito y Librada, mientras doña Perfecta dormía... la señora duerme al lado de acá... allá la niña...

PEPE.—Sí.

TAFET.—Pues la cautiva y su carcelera se salieron del cuarto muy entapujaditas, y silenciosas bajaron aquí, y recorrieron todo este piso como dos fantasmas, ¡ji, ji!... Salieron al patio, volvieron acá, revolvieron todo... Rosario se consolaba mirando á la puerta del cuarto de usted...

PEPE.—¡Aquí... anoche!... ¿A qué hora?

TAFET.—Entre diez y once.

PEPE.—¡Y yo en el Casino, estúpidamente aburrido!... (Impaciente.) Voy á escribirle.

TAFET.—(Cogiéndole por un brazo.) Calma. Ella será la primera que escriba. La pobre carecía de utensilios de escritura. Yo le dí á Librada esta tarde papel, sobres y un lapicito, ¡ji, ji!... Esta noche habrá cartita. Librada se la traerá á usted dentro de un ratito.

PEPE.—¿Aquí?... ¡Oh, es muy peligroso!

TAFET.—Aquí: en las barbas de la mismísima inquisidora, de la papisa Juana... ¡Ah, señora doña Perfecta, no hay enemigo pequeño! (A Pepe Rey.) Ya dije á usted que su señora tía, con esa suavidad y esa diplomacia santurrona que ella gasta, me quitó mi placita en el Ayuntamiento para dársela al sobrino de Licurgo, de su genízaro... y esa no se la perdono, ¡ji, ji!... no se la perdono.

PEPE.—Duro en ella. Pero la carta...

TAFET.—Verá usted: en la portería del Casino había un pliego para usted. Está abierto: no es más que una circular... Lo cogí, se lo dí á Librada... En él mete la cartita, lo cierra, ¡ji, ji!... Ya ve usted qué sencillo...

PEPE.—Muy ingenioso.

TAFET.—¡Ji, ji!... ¡Ay, Pepe, no se pare usted en barras!... Saque usted á la niña, aunque sea por el tejado... y cásese usted pronto... obsequie usted á su tía con un berrinche muy gordo... á ver si revienta...

PEPE.—¿Bajarán esta noche... cree usted que bajarán?

TAFET.—Usted lo verá luego... ¡ji, ji!... Lo que fuere sonará. Y ahora, querido Pepe, creo que debo retirarme... No vayan á sospechar nuestra conspiración.

PEPE.—¿Volverá usted?

TAFET.—Me parece que no debo volver. Mañana me contará usted...

PEPE.—Pero no deje de advertir... (Entra María Remedios viniendo de la calle.)

REMED.—Santas y buenas noches.

TAFET.—(Chist... que ésta es de cuidado. Métase en su cuarto.) (Alto.) Hasta mañana, don José. A descansar. Eso no será nada.

PEPE.—Abur, don Juan. (Entra en su cuarto.)

TAFET.—Adiós, señora doña María Remedios. ¡Usted siempre tan tan guapetona, tan ~~amable~~...! ¡Ji, ji!...

REMED.—Y usted, señor de Tafetán, siempre tan perdido, tan disoluto...

TAFET.—¡Ji, ji, ji!... Muchas gracias. Usted me favorece... (¡Así te parta un rayo!) (Vase riendo.)

ESCENA VI

María Remedios, Doña Perfecta.

Remed.—El uno se queda, el otro se va... ¿Qué tramarán los dos libertinos, los dos escandalizadores del pueblo? ¡Oh, mundo inmoral, mundo de vilipendio...!

Perf.—(Presurosa, viene del comedor.) ¡Remedios!...

Remed.—Señora.

Perf.—Te ví entrar... ¿Y tu tío?

Remed.—Cena esta noche en casa del señor Deán. A la vuelta entrará por aquí.

Perf.—¡Cuánto deseo hablarle!... ¿Y qué novedades hay?

Remed.—¡Ah, señora...! ¿Novedades? Diga usted horrores.

Perf.—¡Jesús, me asustas!

Remed.—Horrores, sí; y tales, que no sabe una cómo contarlos.

Perf.—¡Ave María Purísima!

Remed.—Ya sabe usted que su sobrinito y ese esperpento vicioso de Tafetán...

Perf.—Son amigos, sí. Tafetán le entretiene, le lleva y le trae. ¡El pobrecito Pepe está tan aburrido...!

Remed.—Diga usted que el ingenierito las mata callando. Del otro no digamos. Bien sabemos que toda su vida no ha hecho más que cortejar mujeres. Él dice que por lo fino. ¡Sabe Dios qué finuras serán esas!... En fin, señora, da vergüenza verles por esas calles.

Perf.—¿Qué hacen, pues?

Remed.—Esta tarde iban por la calle de la Santa Faz, Tafetán y su discípulo. Pasaron las de Troya: la mayor, María Juana, que es guapísima, y la pequeñuela, tan mona... ¿Qué creerá usted que hizo el cotorrón de Tafetán? Pues pararlas en mitad de la calle, y ponerse á decirles unas cosas... ¡ay, qué cosas! Yo estaba en mi ventana baja, y sin quererlo, oí... digo, me entró por el oído, y me puse como la grana.

Perf.—¡Galanteos inocentes!... ¿A ver?...

REMED.—Que si eran bonitas, que si eran... ¡saladas, señora, saladas! Que si el pie chico, que si la mano blanca, que si el... En fin, me callo.

PERF.—Y Pepe no dejaría de echarles algún requiebro.

REMED.—Aunque se hacía el indiferente, yo ví...

PERF.—¿Qué?

REMED.—Que se le encandilaban los ojos... Pero en esto sale Caballuco de la tienda de Macho y ve aquel cuadro... ¡Ay, qué cuadro de liviandad, de corrupción y concupiscencia!... Ya sabe usted que Cristóbal es novio de María Juana... Es celoso como un gallo y fiero como un tigre. Pues, señor, siguen las muchachas su camino; ellos van por otro lado. Cristóbal... pim, pam... tras ellos. Yo salí al instante...

PERF.—Para calmarle...

REMED.—Sí, señora, para calmarle. Le dije que don Pepe le había mirado así... con mofa despreciativa... ¡Ay, cómo bramaba el muy bruto!... Dice que ha de desafiarle, y que viene acá esta noche á pedirle explicaciones...

PERF.—¡A mi casa! No: no quiero querellas en casa. Si viene, verás qué pronto le despacho. ¡Yo qué tengo que ver...!

REMED.—Otra cosa. Desconfíe la señora de toda la servidumbre de esta casa... menos de Librada. ¡Es un ángel! Por esa pongo yo mi mano en el fuego.

PERF.—En punto á confianza, Librada es como yo misma.

REMED.—Luego, tan calladita, tan... Y en la iglesia da gusto verla. ¡Qué recogimiento, qué devoción! Es una chica que da ejemplo.

ESCENA VII

Dichas.—D. INOCENCIO.

INOC.—Eso es lo que hace falta: buenos ejemplos.

PERF.—(Alegre, yendo á su encuentro.) ¡Ah, don Inocencio...! ¿Con que novillos esta noche...?

INOC.—(Bondadoso.) Señora mía, no me riña usted. Ya hice pro-

pósito de no retirarme á casa sin dar una vueltecita por aquí.

PERF.—¿Y el señor Deán?

INOC.—Ya puede usted suponer. Hemos hablado largamente de la desagradable escena de esta mañana en la Catedral. Yo no estaba allí... y me alegro.

PERF.—Bien merecido le está á mi sobrino... Que aprenda.

INOC.—Hallábase, según me contaron, embebecido en la contemplación de retablos, pinturas y sepulcros...

REMED.—A la hora de misa mayor. ¡Qué irreverencia!

PERF.—Ya sé... Y el señor Deán creyó procedente mandarle salir de la santa iglesia.

INOC.—Justo. Paréceme, y así se lo he manifestado, un rigor excesivo.

PERF.—El hecho carece de importancia.

INOC.—Tal creo. Ya sabemos lo que son los artistas, los que sólo entran en el templo movidos de la fiebre del arte pictórico y monumental.

REMED.—Infernales artes, digo yo...

PERF.—Pues bien, don Inocencio de mi alma: yo deseaba verle á usted esta noche, porque, verdaderamente, estoy algo inquieta... Tengo que dar á mi hermano una explicación...

REMED.—¡Silencio!... Las puertas oyen. (Acechando en la puerta del cuarto de Pepe Rey.)

INOC.—(Bajando la voz.) ¡Explicación! Es muy sencilla. Si no mediara la conciencia, tendría usted que apurar el entendimiento para buscar razones. Pero mediando la fe sacrosanta, los grandes fines del alma, ante los cuales nada significa la conveniencia material, nada los vanos intereses y afectos de este mundo, no tiene usted que discurrir para expresar su resolución. Si la conciencia dice «no puede ser,» fácilmente y sin ninguna turbación lo repetirán los labios.

REMED.—(Que le ha oído con admiración, apoyando sus palabras con movimientos de cabeza.) ¡Qué bien!

PERF.—(Reflexiva y melancólica.) «¡No puede ser!» ¡Qué duras palabras cuando median afectos de familia!

REMED.—¡Ay, mundo pérfido...!

INOC.—No le faltarán á usted disgustos, amarguras... Pero...

PERF.—Sí: para eso está la paciencia.

REMED.—La resignación cristiana...

INOC.—Y á estas alturas, créame usted, lo mejor es arrostrar de frente la negativa, abandonando ya los procedimientos indirectos, por más que sean suaves... Sí, sí, señora mía. Pues él no parece comprender que debe alejarse y renunciar al matrimonio, convendría...

REMED.—(Sintiendo abrir la puerta.) ¡Chitón, que sale!

ESCENA VIII

Dichos.—PEPE REY.

PEPE.—(Detiénese receloso en la puerta.) (El canónigo.)

INOC.—(Inclinándose ceremoniosamente, sin demostrar afecto.) Señor don José...

PEPE.—(Con ironía.) Amigo don Inocencio, usted siempre tan bueno, tan amable...

INOC.—Procuro ser ameno en la palabra, dulce en el trato, como inflexible en la conducta, en las ideas firme.

PEPE.—Así debe ser.

INOC.—Y dígame, ¿es cierto que la Sociedad Minera de Mundogrande le encarga á usted trabajos de importancia?

PEPE.—Tal vez...

INOC.—Me alegro. Le conviene á usted la actividad, salir á trabajos de campo, ausentarse, recorrer todo el país. (Siguen hablando.)

PERF.—(Aparte con Remedios á la derecha del proscenio.) Lo mejor que puedes hacer ahora es marcharte.

REMED.—Señora, déjeme... Vendrá Cristóbal... Quiero presenciar...

PERF.—(Intranquila.) No, no: vete pronto. Busca á ese bárbaro, y dile de mi parte que no parezca por acá.

REMED.—Pero...

PERF.—Anda te digo... No quiero cuestiones en casa... (Empujándola.) Vete...

REMED.—Ya me voy... Procuraré verle, y... Adiós, adiós. (Vase María Remedios.)

PERF.—Dime, Pepe, ¿has tenido alguna cuestión con Caballuco?

PEPE.—¡Yo!

PERF.—Me han dicho que está furioso contigo.

PEPE.—¡Conmigo!

INOC.—No haga usted caso de ese bruto.

PERF.—Pues quiere nada menos que desafiarte.

PEPE.—¡A mí!

PERF.—No, no temas nada.

PEPE.—¡Temer yo!

INOC.—¡Pobre Cristóbal! (A doña Perfecta.) Si viene acá con alguna fanfarronada de las suyas, caliéntele usted las orejas.

PEPE.—Es lo que me faltaba, que ese animal...

INOC.—¡Si es un alma de Dios!...

ESCENA IX

Dichos.—LIBRADA, con una carta voluminosa.

LIBR.—Señora.

PERF.—(Viendo la carta.) ¿Qué traes ahí?

LIBR.—Esto han traído para el señorito don José... del Presidente del Casino.

PEPE.—¡Ah!... ya sé. (Disimulando su gozo.)

PERF.—(Cogiendo la carta de manos de Librada. Vase ésta. Doña Perfecta alarga la carta á su sobrino, observando con disimulo la letra del sobre.) Toma, Pepe... ¿Te escribe don Laureano?

PEPE.—Sí, señora. (Disimulando su impaciencia.)

PERF.—(Queriendo irse, pero retenida por la curiosidad.) Será encargándote algún proyecto...

PEPE.—(Cuida de que al abrir el pliego no se caiga la cartita que viene dentro, y ojea rápidamente el papel.) La Compañía Minera de Mundogrande me propone...

PERF.—¿Tendrás que salir á hacer estudios de campo?...

PEPE.—Forzosamente. Sí, querida tía: saldremos, correremos...

ESCENA X

PEPE REY, D. INOCENCIO, D. CAYETANO, JACINTITO; después DOÑA PERFECTA.

CAYET.—¿No saben la gran noticia?

INOC.—¿Qué?

CAYET.—Tropas en Orbajosa.

JACINT.—Esta noche llegan á Villahorrenda... Pero no sabemos si vendrán aquí, ó seguirán á la capital de la provincia.

PERF.—¡Qué atrocidad! (Malhumorada.) Ya tenemos aquí las plagas de Faraón. ¡Soldados!...

JACINT.—No es más que una provocación de ese Gobierno infame.

PEPE.—El Gobierno no provoca, caballerito: se previene contra las provocaciones. ¿Cuántas partidas han salido ya?

JACINT.—Tres: la de Francisco Acero, la de Chispa, la de...

CAYET.—Pero no valen tres cominos.

PEPE.—¿Y el gran Caballuco no sale?

PERF.—¡Oh, si éste saliera...!

PEPE.—¡Si esto sonara!

CAYET.—Ha dado su palabra al Gobernador, según dicen.

PERF.—Y la palabra de Caballuco es la paz de Orbajosa.

CAYET.—Yo creo que ese batallón y los dos escuadrones que dicen, no vienen acá.

JACINT.—Y si vienen, no es más que á presumir.

PEPE.—Pero, señor, dejarles que vengan. Por algo les manda el Gobierno.

PERF.—(Irritada.) Calla... ¡Ni qué falta nos hacen aquí militronches!

CAYET.—Señores, tocan á retirada.

INOC.—(A Jacintito.) Niño...

PERF.—(A Pepe Rey.) Y tú, ¿qué haces?

PEPE.—Tengo que escribir... Enterarme de esto... contestar...

INOC.—(Despidiéndose.) Sí, sí: que trabaje. Cada lobo por su senda... En vez de correr tras lo imposible, vaya usted

tras lo posible y fácil. Ingeniero, á tus ingenios; empresario, á tus empresas...

PEPE.—A mis empresas voy.

INOC.—Adiós.

PERF.—Descansar.

INOC.—Buenas y santas noches.

JACINT.—(Despidiéndose.) Señor don José... Señora...

CAYET.—Pepe, que descanses. (Sale acompañando á don Inocencio y Jacintito.)

ESCENA XI

PEPE REY, DOÑA PERFECTA; después LIBRADA.

PERF.—(Mirándole recelosa.) Mejor es que trabajes en tu cuarto. Llévate esta luz.

PEPE.—(Examinando los papeles del pleito para disimular.) Sí, señora.

PERF.—Buenas noches. (Se retira; vuelve, atisbadora é inquieta, queriendo observarle mejor.) Pepe...

PEPE.—Señora...

PERF.—(Fingiendo cariño.) Vale más que te acuestes á dormir... No te calientes ahora la cabeza.

PEPE.—No... si me acostaré pronto.

PERF.—Vaya, que descanses, hijo. (Vase despacio, volviéndose para observarle. Ya cerca de la puerta, retrocede.) Oye.

PEPE.—(Disimulando su impaciencia.) ¿Qué?

PERF.—(Clava en él sus ojos, como si quisiera adivinarle los pensamientos.) No vayas á olvidarte, y dejar aquí la luz...

PEPE.—Descuide usted. Buenas noches. (Sale Librada con un farol.)

PERF.—¿Has registrado bien abajo?

LIBR.—Sí, señora.

PERF.—Pues ahora, lo de arriba. (Librada va delante. En la puerta, doña Perfecta se detiene y vuelve á mirar á su sobrino, que continúa fingiendo que lee.)

PEPE.—(Sin mirarla.) (¡Aún está ahí!)

PERF.—(Desde la puerta, con voz blanda y calmosa.) Nada, nada... Cuidado con la luz, Pepe. No me quemes la casa.

PEPE.—No la quemaré, señora. (Doña Perfecta desaparece sin ruido, como una sombra.)

ESCENA XII

PEPE REY; después LIBRADA.

PEPE.—(Mirando la puerta.) Me causa terror. (Pausa.) ¿Me acechará todavía? (De puntillas va á la puerta y mira.) No: subió... Ahora entra en el cuarto de Rosario. Allí estará un ratito antes de irse al suyo. Y á todas éstas, no he podido aún leer la carta. (Vuelve á la mesa, y sacando la cartita del pliego, la abre y lee:) «No salgas... bajaremos...» (Asustado, guarda la carta.) Siento pasos...

LIBR.—(Que sale con el farol.) Señorito...

PEPE.—Librada, tú eres mi salvación.

LIBR.—Chist... bajito. (Secreteando.) Me ha mandado que registre otra vez, y que vea si se ha encerrado usted.

PEPE.—¿Aún está con su hija?

LIBR.—Sí; pero en seguida se va á su alcoba... Llévese la luz.

PEPE.—¡Ah! es verdad. (Coge la luz y la mete en su cuarto, saliendo en seguida.)

LIBR.—Así... Ahora, haga como que cierra. (Pepe Rey echa la llave, dejando abierta la puerta.) Bueno. (Se retira.)

PEPE.—Oye. ¿La señora tiene el sueño ligero?

LIBR.—No, señor: muy pesado.

PEPE.—(Asombrado.) ¿Duerme?

LIBR.—Como un tronco.

ESCENA XIII

PEPE REY.

¡Dios mío! esa mujer terrible... ¿duerme? Con esa conciencia, ¿es posible en humana vida la paz, el descanso del sueño? No, no creo que duerma. Fatigada, se enroscará como una serpiente, y el oído atento, abiertos los ojos, velará, velará siempre. (Poniendo atención, junto á la puerta. Vuelve hacia la izquierda.) Si Rosario baja, huiré con ella. Me la llevo, sí; la saco de esta horrenda cárcel. (Descorazonado.) ¿Pero cómo? (Mira por la ventana.) ¡Qué obscura la noche... los muros de la huerta, qué altos!... Imposible salir de esta morada feudal sin violencia y escándalo. (Con decisión.) Pero si es preciso... (Variando súbitamente de idea.) No: nada de violencia. La astucia, la malicia solapada es lo que se debe emplear contra tí, mujer insidiosa y resbaladiza. ¡Contra tí, tu sistema!... ¡Vencerte con tus armas, matarte con tu propio veneno!... (Siente pasos, y con gran ansiedad se aproxima á la puerta.)

ESCENA XIV

PEPE REY; ROSARITO, envuelta en un chal de color claro, calzada con chinelas que no hacen ningún ruido. La escena débilmente iluminada por la lámpara que Pepe Rey ha llevado á su cuarto. La puerta de éste abierta.

ROSAR.—Pepe... ¿estás aquí? (Avanza palpando.)

PEPE.—Vida mía, ven, dame la mano. (Le da la mano para evita que tropiece en los muebles, y la lleva al centro de la escena. Por aquí.

ROSAR.—Si veo, tonto. La luz de tu cuarto nos alumbra.

PEPE.—(La lleva al sillón.) Siéntate.

ROSAR.—(Suspirando.) ¡Ay!... ¡qué viaje, qué ansiedad! Creí que no llegaba. (Tiritando.)

PEPE.—(Besándole las manos.) Alma mía, estás helada. ¿Por qué tiemblas? (Se sienta á su lado.)

ROSAR.—No tiemblo, no... El deseo de verte... la alegría de verte... El miedo de que mamá no esté dormida.

PEPE.—(Tocándole la frente.) Tu frente abrasa.

ROSAR.—De pensar, de sufrir, de temer... Pero no estoy enferma. Con verte sólo, ya me siento bien.

PEPE.—Has padecido horriblemente.

ROSAR.—Sí. (Vencida de la emoción, rompe en sollozos. Saca del seno un crucifijo, y le besa con ardor.) ¡Jesús mío, Redentor mío, ampáranos!

PEPE.—(Tocando la imagen.) ¿Tu crucifijo?

ROSAR.—El que tengo á la cabecera de mi cama. Le traje para que me saque en bien de este paso terrible. Pepe (Se lo da), bésalo.

PEPE.—Sí, vida mía: una y mil veces. (Pausa. Pepe Rey besa el crucifijo.)

ROSAR.—Más, más.

PEPE.—(Después de besar nuevamente.) Ya te entiendo: dudas de mi fe.

ROSAR.—No dudo, no quiero dudar. Que duden todos. Yo creo en tí. Dámelo ahora. (Recibe de manos de él el crucifijo, y lo guarda en su seno.)

PEPE.—Dime la verdad: tu madre te dirá horrores de mí.

ROSAR.—No lo creas. Sabe que te quiero, y que me mataría diciéndome que eres malo. Me dice que espere, que tú decidirás, que te vas, que vuelves... Háblame con franqueza: ¿has formado mala idea de mi madre?

PEPE.—(Después de vacilar en la respuesta.) No.

ROSAR.—¿Crees que me quiere mucho; que á tí, á tí te quiere también?

PEPE.—Nos quiere... no digo que no... á su manera... Pero si me tienes amor, Rosario de mi vida, y no desmayas en tu resolución de ser mía para siempre, es preciso que no hagas caso de nadie más que de mí, y estés dispuesta á obedecerme ciegamente cuando yo te diga: levántate y sígueme.

ROSAR.—(Valerosa.) ¡Sí, sí!

PEPE.—Rosario, disponte á salir de aquí.

ROSAR.—¿Cuándo?

PEPE.—Mañana... Mañana por la noche. Yo lo prepararé sin ninguna violencia. No hay otro medio. Tu madre es inflexible... No cederá nunca.

ROSAR.—(Herida por el recuerdo, se desploma súbitamente, perdiendo el valor.) ¡Mi madre! Sólo con nombrarla, el valor se me disipa... me siento cobarde... tiemblo de pavor... ¡Mi madre! Su mirada me paraliza. El respeto me anonada. La quiero... es mi madre. Me dió la vida... me da la muerte.

PEPE.—(Con solemnidad.) Rosario, en las ocasiones graves de la vida, los sentimientos elementales, sagrados, sufren, pueden sufrir dolorosa prueba. Guarda en tu alma el respeto, guarda el cariño á tu madre... Pero convéncete de que ya no es ella, sino yo, yo, quien gobierna y dirige tus acciones; yo, tu esposo.

ROSAR.—Sí, sí. (Con inspiración súbita, se arrodilla. Pepe Rey permanece en pie tras ella, inclinada la cabeza.) ¡Señor que adoro; Señor Dios del mundo y tutelar de mi casa y familia; Jesús bendito, que moriste en la Cruz por redimirnos del pecado: ante Tí, ante tu cuerpo herido, ante tu frente coronada de espinas, digo que éste es mi esposo, y que despues de Tí, es el que más ama mi corazón!

PEPE.—(Con gran emoción.) Mía serás.

ROSAR.—Dame la mano. (Pepe Rey le estrecha la mano.)

PEPE.—¡Mía! Ni tu madre ni nadie lo impedirá. ¡Júrame que no desistirás!

ROSAR.—¡Te lo juro! (Con grave acento.) Que unidos en muerte como en vida, reposemos bajo una misma losa, cuando Dios quiera llevarnos de este mundo.

PEPE.—(Abrazándola.) ¡Oh, mi bien!

ROSAR.—(Estremeciéndose.) ¡Oh!... ¡Escucha!

PEPE.—¿Qué?

ROSAR.—Parecióme sentir...

PEPE.—¡No!... ¡Es tu miedo!...

ROSAR.—(Aterrada.) ¡Ah!... ¡Siento pasos!...

PEPE.—¡Alguien baja!

ESCENA XV

Dichos.—Librada; después Doña Perfecta.

Libr.—(Despavorida.) ¡La señora!

Rosar.—(Poseída de pánico.) ¡Mi madre!... Huyamos.

Pepe.—¡Que venga!... ¡Mejor! (Aparece doña Perfecta en la escalera, con una luz en la mano, y allí se detiene asombrada y ceñuda. Rosario, al verla, da un grito de terror. A punto de caer desvanecida, Librada acude á sostenerla. Pepe Rey calla. Doña Perfecta, después de una pausa, baja lentamente, toda severidad y altanería.)

Perf.—(A Librada.) ¡Súbela, súbela al momento! (Librada lleva á Rosario, que del terror apenas puede moverse.)

ESCENA XVI

Pepe Rey, Doña Perfecta.

Perf.—(Con gravedad.) ¡Gracias, sobrino mío, gracias! ¿Merezco yo esa conducta? Rosario no se habría atrevido á bajar aquí, mientras yo dormía, si tú no la hubieras instigado á la liviandad, á la desobediencia.

Pepe.—¡Es verdad! La culpa es mía.

Perf.—¡Y lo confiesas!

Pepe.—Sí, señora. Soy todo sinceridad, lo contrario de otras personas; y puesto que á la lucha se me incita, lucharé, pero á cara descubierta. Sí, señora, necesitaba ver y hablar á su hija de usted; era indispensable absolutamente que hablásemos los dos... y hemos hablado.

Perf.—¡Calla!... ¡Qué atrevimiento! Paso que no ames á la hermana de tu padre, que correspondas á mi cariño con esta traición... ¿Pero no merezco siquiera respeto?

Pepe.—Señora, perdóneme usted... pero aun el respeto he de

negarle. Nunca lo creí. Estos sentimientos amargan horriblemente mi vida.

PERF.—¡Me aborreces... dí la verdad!

PEPE.—Sí, señora... ¡Qué desgracia! Perseguido y atormentado por un poder tenebroso, he aprendido lo que nunca supe, he aprendido el rencor: véalo usted en mí. (Con bravura.) Míreme usted á la cara, de frente. Arroje usted sobre mí su mirada siniestra, como yo le arrojo la mía, leal... Estoy frente á mi enemigo, y antes que dejarme matar, quiero arrancarle la máscara con que encubre su rostro.

PERF.—¡Loco! ¡Qué desvarío es ese! (Asustada, procura dominarse y sostener su altanería.)

PEPE.—(Con gran calor y energía creciente.) Yo vine aquí con el candor de un niño y la lealtad de un caballero. Mi padre, de acuerdo con usted, me mandó para que viese á Rosario y la hiciera mi esposa. Desde que la ví, la amé. Usted aparentó aceptarme por hijo; usted, recibiéndome con engañosa cordialidad, empleó desde el primer día todos los ardides de su fina astucia para estorbar el cumplimiento de las promesas hechas á mi padre; usted trató de extraviar los sentimientos de su hija presentándome como un hombre abominable, sin fe, enemigo de Dios; y con los labios llenos de sonrisas y de palabras cariñosas, me ha estado matando, me ha estado achicharrando á fuego lento. Usted ha lanzado contra mí, en la obscuridad y á mansalva, una nube de litigantes; usted, por influencias que desconozco, me ha destituído del cargo oficial que traje á Orbajosa; usted me ha privado del consuelo de recibir las cartas de mi padre; usted me ha desprestigiado en el pueblo; usted me ha expulsado de la Catedral; usted me ha tenido días y días en dolorosa ausencia de la elegida de mi corazón; usted ha querido dominar á su hija con un encierro inquisitorial, que pondría en peligro su existencia si no estuviera yo aquí, yo, decidido á salvarla, cueste lo que cueste y caiga el que caiga.

PERF.—¡Dios mío, Santa Virgen del Socorro!... ¡Ay!... (Anonadada, cae en un sillón y se cubre el rostro con las manos.) ¿Es posible que yo merezca tan atroces injurias...? (Pausa.)

Pepe, hijo mío, ¿eres tú el que habla? Si aciertas en tu juicio, en verdad que soy una gran pecadora.

PEPE.—No habría para mí mayor dicha hoy que convencerme de que estoy equivocado. Demuéstreme usted que es ofuscación, engaño...

PERF.—¡Con que yo soy una intrigante, una mujer hipócrita y malvada, que...!

PEPE.—(Con viveza.) ¡Que no lo sea, Dios mío; que por alguna parte venga la demostración de que no lo es!

PERF.—(Con ira.) ¡Desdichado! ¿Y quién eres tú para juzgar mis hechos, para desvirtuarlos con una interpretación de mala fe?

PEPE.—(Estupefacto.) Según eso, usted no los niega.

PERF.—¿Qué sabes tú lo que son actos buenos y malos, ni qué criterio tienes tú, necio, para fallar sobre ellos?

PEPE.—(Impaciente.) Dígame pronto si los niega ó no los niega.

PERF.—(Con arrogancia.) Esperabas que yo te contestase con una denegación cobarde y pueril, y que por desenojarte y tener contento al señorito, yo sería capaz de sacrificar, de pisotear mi conciencia... (Con fuerte voz.) ¡No! Mi conciencia, en la que no permito penetrar á un descreído como tú, es bastante fuerte y pura para que ante ella, con ella, pueda yo hacerte la declaración que vas á oir. (Se levanta con majestuoso orgullo.) Esos actos que desfigura tu ligereza... yo no los niego.

PEPE.—(Estupefacto.) ¡Los reconoce!

PERF.—(Con gran energía.) Sí.

PEPE.—¿Como suyos...?

PERF.—Como míos. (Despreciativa.) ¿Con qué derecho los pobrecitos matemáticos se permiten juzgar éstas ó las otras acciones humanas, si no ven, si no pueden ver el fin de ellas, porque su ceguera moral se lo impide? (Creciéndose al ver que Pepe Rey, poseído de asombro, no le contesta.) ¿Qué dices, qué contestas?

PEPE.—¡Nada, señora!... ¡Estoy aterrado; no puedo hablar!

PERF.—¿Y cuándo ha sido vituperable, señor mío, que para conseguir un fin justo y bueno, se empleen medios que produzcan males insignificantes, pasajeros? ¡Ni qué valen éstos, si con ellos se impiden males hondos, irreparables!... ¿Pero no lo entiendes?

PEPE.—(Perplejo.) No, señora... no lo entiendo. (Bruscamente.) ¿Por qué no me negó usted con lealtad la mano de su hija?

PERF.—(Vivamente.) Porque no podía hacerlo. (Transición del tono severo á otro en que pone notas de ternura y piedad.) ¡Ay de mí! no podía. Habría sido preciso decir á tu padre el motivo de mi denegación. Pepe, si nunca me ha faltado valor para resistir las mayores adversidades, no lo tengo ¡ah! no lo tengo para decirle á mi hermano, á tu padre: «no puedo dar mi hija á un hombre de ideas negativas en materias religiosas.» Sí: ésta es la causa, la terrible causa, y cree que se me desgarra el corazón al tener que manifestarla. (Con aflicción.) ¿Y cómo decirle esto á tu padre?... ¡Imposible, imposible!... A sus años, agobiado de achaques, habría sido asestarle un golpe mortal... No, no: todo antes que eso.

PEPE.—¡Y si es verdad que existe ese abismo entre sus ideas y las mías; si es verdad que...!

PERF.—(Interrumpiéndole.) ¿Cómo si es verdad? Abismo tan hondo, que no veo que se pueda llenar con nada de este mundo. ¡No, Pepe: entre tus ideas y las mías, entre mis creencias y tu manera de ver la vida, la muerte, el mundo, el más allá, hay, no digo distancia, sino la inmensidad infinita! La discordia, la repulsión, la antipatía entre tú y yo son irreductibles. Conciliar el cielo con el infierno, ¡quién lo pudo soñar!

PEPE.—Pues si es así, ¿por qué no me dijo usted á mí, no á mi padre, á mí: «apártate; no te quiero por hijo, no te quiero: vete?»

PERF.—Porque rechazarte de frente, en tonos de maldición irreparable, me parecía, además de cruel, peligroso. (Con zalamería creciente, llegándose á él, y tocándole suavemente en los hombros, con afecto, casi con cariño.) Te hubiera irritado, te hubiera impelido á la violencia, á la desesperación, quizás á cometer actos criminales... Preferí el sistema de apartarte suavemente, gradualmente, por medio de acciones aisladas, procurando que tú mismo comprendieras la conveniencia de alejarte... y que te alejaras, te desviaras, casi sin sentirlo tú mismo. Y te lo arreglaba de modo que la iniciativa de ruptura partiera de tí. Ya

ves, te dejaba esta salida airosa: que fueras tú quien quisiera irse, no que salieras arrojado por mí... ¡Y me vituperas, sin ver que mis acciones entrañaban el bien de mi hija, y el tuyo, el tuyo también, porque yo te amaba como hijo de mi hermano!

PEPE.—¡Qué sarcasmo!

PERF.—Te amaba, sí... Yo he procedido contigo en la forma que me parecía más eficaz... y más caritativa.

PEPE.—¡La caridad! ¡Se atreve á invocar la santa caridad!...

PERF.—Sí... porque dejándote casar con Rosario, habrías sido muy desgraciado... y ella más, y yo, y tu padre, y todos. Ciego, ¿no lo comprendes...?

PEPE.—(Descorazonado y con profunda aflicción.) No, señora; no lo comprendo, por mi desgracia. Aquí estoy (Echándose mano al cráneo) luchando con mi mente, para convencerla, para convencerme de que no es usted un monstruo... (Cerrando los ojos horrorizado.) No quiero, no quiero que usted lo sea (*).

PERF.—Es que no entiendes el alma humana, pobre filósofo de la Naturaleza y de los números. Con tus sabidurías de la materia no acertarás nunca á discernir el mal del bien. No ves más que lo que tienes delante; ves los efectos, no las causas; sientes los medios que duelen, no la santidad de los fines que salvan.

PEPE.—(Sin poder contener su ira.) Señora, no sé si admirarla á usted por la sutileza de su ingenio, ó si... no sé lo que digo... (Reprimiéndose con gran esfuerzo.) No, no: perdóneme usted. Usted me irrita, usted me escarnece después de matarme... ¡Horrible, horrible! (*).

PERF.—Me juzgas inicuamente. No me importa. (Con falsa mansedumbre.) Sé padecer. Oféndeme, injúriame más.

PEPE.—(Con vivo dolor.) Sí: veo que es usted mala, y no quiero que lo sea, no quiero, no quiero... porque es usted madre de la mujer que adoro, y por la ley lo será usted mía también.

PERF.—(Con mucha arrogancia.) ¡Nunca! Se acabaron las blanduras contigo. Tu ingratitud me pide rigor. Ya no más ca-

(*) Por abreviar la escena, se suprime el trozo indicado entre asteriscos.

ridad, ya no más cariño. Pepe, lo que tú crees que debí decirte el primer día, te lo digo ahora. Mi hija no será nunca tu mujer.

PEPE.—Así, así se habla, señora mía; así se lucha, cara á cara. Contesto en la misma forma de leal reto: su hija de usted será mi esposa.

PERF.—¡Necio! ¡Tu esposa, no queriendo yo!

PEPE.—Ella quiere.

PERF.—No es verdad. (Amenazadora.) Y aunque quisiera, cegada por tus amaños, ¿no hay en el mundo padres, no hay sociedad, no hay conciencia, no hay Dios?

PEPE.—Porque hay todo eso, digo y juro que me casaré con ella.

PERF.—¡Menguado! Piensas atropellarme. Yo sabré defenderme de tus violencias.

PEPE.—Si la ley no me ampara, la violencia, la fuerza será mi salvación.

PERF.—(Burlándose.) ¡Fuerza... tú... aquí! En esta noble ciudad, mi persona, mi nombre, son sagrados.

PEPE.—En esta ciudad sediciosa, obscura y salvaje, hay leyes, las leyes de todo el país; y si no las hay, debe haberlas, y las habrá.

PERF.—¿Qué sabes tú de leyes? Tenemos aquí las eternas, y en ellas descanso. No podrás, no podrás nada contra mí. Estoy en mi santo terreno, en mi ciudad protectora. (Oyense clarines de caballería muy lejanos. Doña Perfecta, súbitamente poseída de terror, presta atención.) ¡Oh! ¿Qué es eso?

PEPE.—(Con júbilo.) Es la ley, señora; la ley que viene en mi ayuda.

PERF.—(Rabiosa.) ¡La brutal soldadesca!

PEPE.—(Con exaltación.) Es la patria armada, nuestra madre, á quien adoramos, defectuosa, imperfecta, como quiera que sea. Por ella vivimos, por ella morimos. Oigala usted: ya se acerca. Viene á sofocar la rebelión infame. (Suenan los clarines más cerca.)

PERF.—Esos locos no cuentan con nuestra valiente raza.

PEPE.—Valor contra valor, vencerá la razón, vencerá la justicia.

PERF.—¡Oh, qué ignominia! (Furiosa.) Vete, vete pronto de mi casa.

PEPE.—Ya mi vida, mi derecho, mi amor, no están desamparados. ¡Lucharemos! Tras de mí, tras de nosotros, hay una contienda espantosa, principios contra principios. Es nuestra misma guerra en proporciones colosales. En medio de esa lucha, pisando charcos de sangre, nos batimos usted y yo.

PERF.—¡Indigno, me amenazas con la fuerza!

PEPE.—Con la fuerza, no; con la ley.

PERF.—La verdadera ley está aquí.

PEPE.—¡Aquí! ¡Tierra de bandidos, raza de hipócritas!

PERF.—Eres sanguinario, brutal.

PEPE.—Tan brutal el uno como el otro. Sólo que yo tengo razón, y usted no la tiene. Veremos quién cae. (Suenan los clarines muy cerca de la casa.)

PERF.—(Desesperada.) ¡Ah!... ¡Malditos, malditos seáis, demonios de la guerra!

PEPE.—¡Benditos, mil veces benditos! ~~Venid, venid~~. (Abre la ventana. Suenan los clarines con estruendo, y siguen sonando mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala en casa de don Inocencio.—La estancia y los muebles revelan un bienestar modesto y sin pretensiones, aseo y buen gobierno de casa. Estampas religiosas, y algún estante con libros.—Puertas al foro y laterales.—La de la izquierda conduce al cuarto del alojado, teniente coronel Vargas. La de la derecha al interior de la casa; por la del foro entran los que vienen de la calle.—Mesa y sillas.—Es de día.

ESCENA PRIMERA

VARGAS, de uniforme, sentado á la mesa, acabando de almorzar; MARÍA REMEDIOS, que le sirve; después un CABO CARTERO.

VARGAS.—Confiéselo usted, señora doña Remedios, mi simpática patrona. Usted nos aborrece. (Después de esperar la respuesta.) Digo que usted nos aborrece.

REMED.—Coma y calle.

VARGAS.—Como sin callar, porque el almuerzo está muy bueno, y la conversación alegra la vida del triste militar alojado, ausente de los suyos... Estaba diciendo á usted que nosotros hemos venido á traer la paz...

REMED.—(Suspirando.) ¡Ay, mundo amargo, mundo falaz!

VARGAS.—Señora, no hace usted más que suspirar, y decirnos que si el mundo es amargo, que si es dulce... Yo digo que es riquísimo este Jerez con que me ha obsequiado don Inocencio. (Se sirve y bebe.)

REMED.—A lo que han venido ustedes es á traernos las malas costumbres, y á favorecer á todos los pillos que tenemos por acá.

VARGAS.—¡Señora!

REMED.—Y usted el primero, señor de Vargas.

VARGAS.—¡Que yo favorezco...! (Comprendiendo.) ¡Ah! ya salió el estribillo, la manía de usted...

REMED.—A personas indignas.

VARGAS.—¡Dale...!

CABO.—(Por el foro.) Mi teniente coronel, el correo. (Entrega varias cartas y se retira.)

REMED.—A punto viene la prueba. (Atisbando, sin acercarse, las cartas que recibe Vargas.)

VARGAS.—Con permiso. (Abre uno de los sobres, y saca una carta de varios pliegos, por la cual pasa la vista rápidamente.)

REMED.—¿Tengo ó no tengo razón? Es usted su amigo.

VARGAS.—Y á mucha honra.

REMED.—Recibe usted cartas para él.

VARGAS.—Ésta. (Mostrando la cerrada.) Y esta otra. (Mostrando la abierta.) Me la escribe su padre don Juan Rey, encargándome que vele por Pepe, y dando instrucciones para que salga del mal paso en que se ha metido. ¡Pobre Pepe, qué villanías han hecho con él en este poblacho!

REMED.—¿Usted qué sabe?

VARGAS.—Sé que tiene razón, y que su tía no la tiene. (Acaba de comer, y enciende un cigarro.)

REMED.—¡Ah! señor de Vargas, déjeme explicarle...

VARGAS.—No se canse usted. Ya, ya sé yo que doña Perfecta y su partido se defienden bien. No creyendo segura á la niña en su propia casa, la han traído aquí.

REMED.—(Fingiendo asombro.) ¡Aquí!

VARGAS.—Y la tienen muy escondidita en los altos de la casa... No lo niegue... Ni debe usted recelar de mí, que respeto, que respetaré siempre los fueros de la hospitalidad.

REMED.—(Sintiendo pasos por el foro.) Ya tiene usted ahí á su amigo Pinzón, el capitancito que se aloja en casa de la señora. (Volviendo á mirar.) ¡Ay! viene con él ese grandísimo peine, Tafetán...

ESCENA II

Dichos.—Pinzón, Tafetán.

Pinzón.—Buenos días... (Saludando á Remedios.) Señora...

Tafet.—Amigo Vargas... (Se estrechan la mano.) Señora, tanto gusto en verla.

Remed.—(Displicente.) El disgusto es mío.

Tafet.—¡Ji, ji!... Sabe cuánto les quiero á todos: á usted, á don Inocencio, y á ese ángel coronado que tiene usted por hijo.

Remed.—¡Adulón! (Recogiendo el servicio.)

Vargas.—(A Pinzón.) ¿Y qué? ¿se echan al campo?

Pinzón.—¡Qué se han de echar estos gallinas! Están muertos de miedo. El tal Caballuco, el Viriato de la localidad, anda escondido, y no se atreve á salir á la calle.

Tafet.—No se fíen, ¡ji, ji!... Yo conozco á mi gente. (María Remedios se aparta y escucha.)

Vargas.—Yo también. Por eso no me fío.

Pinzón.—(Con vehemencia.) ¡Oh, si salieran! ¡Dios, que salgan! ¡Con qué gusto vería que nos mandaban arrasar este pueblo, y no dejar en él piedra sobre piedra!

Remed.—¡Oh, mundo execrable, mundo satánico!

Tafet.—(A Remedios.) Si con usted no va nada.

Pinzón.—Señora, tengo motivos para odiar á la negra Orbajosa. Aquí asesinaron á mi padre, coronel de Arapiles.

Remed.—(Con saña.) ¡Ah, que no hubiera sido antes de casarse con su madre! Así, no hubiera usted nacido.

Vargas.—¡Vaya un genio!

Tafet.—Adiós, basilisco...

ESCENA III

VARGAS, PINZÓN, PAFETÁN.

VARGAS.—(Con interés.) ¿Qué dice Pepe?

PINZÓN.—Chist... las paredes oyen.

TAFET.—(Vigilando en la puerta derecha.) Yo me pongo aquí de escucha. Hablen sin miedo. El basilisco en la cocina. No hay nadie.

PINZÓN.—(Con pena.) Pues hoy se ha decidido á llevar el asunto por el camino legal.

VARGAS.—Me alegro.

PINZÓN.—Yo no. ¡Legalidad á esta gente! Es como aquél que quería abrir las ostras... por la persuasión.

VARGAS.—Eh... déjate de tonterías. También su padre le aconseja la legalidad. Acabo de recibir esta larga carta... (Mostrándosela.)

PINZÓN.—(Pasando la vista rápidamente por el escrito.) Instrucciones precisas para proceder legalmente... Sí, muy bonito. Yo, con permiso de don Juan Rey, con permiso tuyo, creo que es perder el tiempo. Echar jueces y fórmulas legales á esta canalla cerril, es como querer matar leones... con polvos insecticidas.

TAFET.—¡Ji, ji!...

VARGAS.—Bueno. Pues dile á Pepe que venga á enterarse de esto. (Deja las cartas sobre la mesa.) ¿Por qué no vienen á verme? (Con misterio.) Sin duda no sabe que la niña está aquí.

PINZÓN.—(Riendo.) ¿Pero tú has creído esa paparrucha?

TAFET.—(Sin aproximarse.) Invención del enemigo para desorientarnos.

VARGAS.—¿Pero qué... no es cierto?

PINZÓN.—¡Qué ha de ser! Sigue allá. Hoy lo descubrimos. Alojado en casa de doña Perfecta, he podido hacer estudios

sobre el terreno. Allí está la niña. Yo no la he visto; pero sé que está. Según mis noticias, loquita de amor, y deseando que la saquen de su encierro. ¡No sabes cuánto siento que esto se arregle por el método lógico y legal... es decir, que sería legal y lógico en otra parte, aquí no! El amigo Tafetán y yo teníamos bien tomadas nuestras medidas para arreglarlo por el método absurdo, que es el único para esta gente.

TAFET.—El absurdo es la razón de mi tierra.

VARGAS.—Cuidado, Pinzón, cuidado con las aventuras. Yo te conozco, y te temo... ¡Y que no serán diabluras las que habréis tramado!

PINZÓN.—(Displicente.) Poca cosa.

VARGAS.—A ver... cuéntamelas.

TAFET.—Hablen sin miedo. La fiera está tendiendo ropa en el terrado.

PINZÓN.—No sé...

VARGAS.—Las tonterías de siempre... Sobornar á la criada...

TAFET.—No he podido con ésta. Es más fea que Judas... ¡ji, ji!...

VARGAS.—Y según mis noticias, la casa está bien defendida.

TAFET.—Por dos pedazos de tagarotes, de lo más bárbaro y montaraz que hay por estas tierras.

VARGAS.—Y dificilísima la entrada, sobre todo de noche...

TAFET.—Esa dificultad, ¡ji, ji! quedó zanjada por mí del modo más ingenioso... Querido Pinzón, reléveme de la guardia. (Pasa Pinzón junto á la puerta, y Tafetán al centro.) Amigo Vargas, soy tremendo. Un herrero muy hábil, que me debe favores... y su mujer también me los debe, entre paréntesis... me ha proporcionado una llave de la puertecilla de la huerta de abajo, por el callejón del Viento... Aquí la tengo, por si Pepe quisiera...

VARGAS.—¿Y qué más?

PINZÓN.—También habíamos inventado un gracioso ardid... (Atento á vigilar.)

TAFET.—¡Ji, ji!... para alejar á los dos cancerberos en un momento dado.

PINZÓN.—Y para... (Mirando al exterior por el foro.)

TAFET.—No distraerse, amigo. Para hacer llegar una cartita á las blancas manos de...

PINZÓN.—Alguien entra, sube...
TAFET.—Oído.
PINZÓN.—Si es Pepe Rey... Aquí está.
VARGAS.—A punto viene.

ESCENA IV

Dichos.—PEPE REY.

PEPE.—(A Vargas.) Sé que has recibido cartas. ¿Hay alguna de mi padre?
VARGAS.—Para tí... (Se la da.) Y dos pliegos de instrucciones precisas, como de padre y jurisconsulto, para que te ajustes á ellas en esta delicadísima cuestión.
PEPE.—Dame, dame pronto... (Lee rápidamente.)
PINZÓN.—(Desconsolado.) ¡Legalidad!... ¡Qué lástima!
TAFET.—Lo mismo digo.
PINZÓN.—Su lealtad le perderá. (Vuelve al foro á hacer la guardia.)
VARGAS.—La ley, siempre por la ley...
PEPE.—(Acabando de leer.) ¡Oh, padre, aquí veo tu noble espíritu, tu rectitud sublime! Paz, conciliación, amor...
PINZÓN.—(Mirando por el foro.) ¡Cabo de guardia, doña Perfecta!...
PEPE.—¡Mi tía!...
TAFET.—(Mirando.) Sí... ella es... ya llega...
VARGAS.—¿Pero cómo viene á esta casa, no estando aquí su hija?
TAFET.—Cuando ésta viene, por algo será.

ESCENA V

Dichos.—Doña Perfecta, Jacintito, por el foro; María Remedios, por la derecha. Al ver á los militares, doña Perfecta les saluda con frialdad ceremoniosa. Se sorprende desagradablemente al ver entre ellos á su sobrino.

Remed.—¡Oh, no esperaba á la señora...!

Perf.—Vámonos adentro.

Pepe.—Señora...

Perf.—¿Qué...?

Pepe.—No quiero perder esta feliz ocasión de proponer á usted paces, mirando más á su interés que al mío.

Perf.—¡Paces! ¿Cómo tan pacífico, tú, antes tan guerrero?

Pepe.—(Con amargura.) ¡Ah, señora mía! el odio pesa mucho: es carga intolerable para quien acostumbra andar muy ligero por el camino de la vida. Quiero soltar este peso. (Suspirando fuerte.) No puedo ya con él.

Perf.—Veo con gusto tan nobles sentimientos. ¿Y qué debo yo hacer para que se efectúen esas paces?

Pepe.—Lo primero, perdonarme el mal que he podido causarle. Yo la perdono también de todo corazón.

Perf.—¿Y qué más?

Pepe.—Y que me entregue á su hija... por buenas, pues le gano la batalla sin disparar un solo tiro. No hay manera de evitar que Rosario sea mi mujer; y siendo esto así, ¿á qué se obstina usted en una lucha en que ha de llevar la peor parte?

Perf.—¡Ah...! ¿Estás seguro de que seré vencida...? ¿bien seguro?

Pepe.—Como que no habrá más lucha que la que usted provoque. El juez, entrando con la ley en la mano en la casa materna, retirará de ella á la que ha de ser mi esposa.

PERF.—¿El juez...? ¿Cuándo?

PEPE.—Quizás mañana... Toda resistencia es inútil; es más conveniente y más airoso para usted conceder á tiempo lo que pido, que verse obligada á humillar su orgullosa cabeza ante la ley.

PERF.—No te canses en proponerme una paz imposible. La rechazo, prefiriendo, si necesario fuere, morir abrazada á mi derecho; morir con mis ideas, que podrán ser vencidas, nunca deshonradas.

PEPE.—(Con efusión.) Señora, arrojemos en una misma hoguera sus ideas de usted y las mías. Tenemos un sentimiento común en que reconciliarnos y vivir: el amor de su hija.

PERF.—Dios me ha hecho inflexible.

PEPE.—También á mí. Pero yo no quiero serlo ahora; me violento, me humillo, depongo ante la soberbia de usted mi orgullo, y hasta mi dignidad, ansioso de restablecer la concordia. (Violentándose para parecer humilde.) Acepte usted, señora, esta rendición de mi voluntad, y funde sobre ella su consentimiento en las condiciones que guste. ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué más quiere usted de mí?

PERF.—De tí no quiero más que una cosa: que te retires, que renuncies á mi hija.

PEPE.—Más fácil me sería renunciar á la vida, que en muy poco estimo sin ella.

PERF.—Basta ya.

PEPE.—(Desenfrenando su ira.) Y ahora me toca á mí ser inflexible, ¿qué digo inflexible? implacable, justiciero... No, no haya paces... De los desastres que la lucha ocasione, suya será la responsabilidad.

PERF.—Mía no: tuya.

PEPE.—¿Quién ha provocado?

PERF.—Tú... ¿No te acuerdas? Me arrojaste el guante... Lo recogeré.

VARGAS.—(Sorprendido.) ¿Qué es esto?

PINZÓN.—Nos provoca.

PEPE.—¡Oh, indomable fiereza! Ya lo veis, amigos: rechaza la paz, rechaza la ley, que es la santa voz de su hermano, de mi padre.

PINZÓN.—El ciego fanatismo quiere guerra.

VARGAS.—No se aplaca sino con sangre.

PEPE.—(Con fuero.) Pues si en la sangre perece el monstruo y se ahoga, que la mía, ¡oh Dios! la mía sea la primera que se derrame... Vámonos de aquí. (Vase seguido de los militares y de Tafetán.)

ESCENA VI

DOÑA PERFECTA, MARÍA REMEDIOS, JACINTITO.

PERF.—¡La ley! ¡Buena está la ley, que quiere arrancarme la hija de mis entrañas, la hija que amamanté, á quien nutrí con mi sangre, con mi savia, con mis ideas; arrancármela para entregarla á quien ha de pervertir su alma! No ha de ser. Muerta yo, la tendrías; viva, jamás... (Coge á cada uno de un brazo.) Remedios, Jacinto, necesito de vosotros... Nuestro buen don Inocencio no vendrá.

REMED.—Está en el coro... Luego dará un paseíto...

JACINT.—Si usted quiere, le avisaré...

PERF.—(Vivamente.) No, no: si no quiero que venga. Cuento con vosotros, con tu tío no, pues seguramente no consentiría...

REMED.—(Confusa.) ¿Qué?

PERF.—Es muy sencillo. Antolín Pasolargo y Esteban Romero, dos hombres que se dicen valientes... y si no lo son lo han sido, quieren reunirse en mi casa. Me han suplicado que influya con Caballuco para que asista á esta reunión.

REMED.—¡Oh, sí!

PERF.—Yo creo que debemos dejarles que se junten y charlen y desfoguen la ira... pero no en mi casa.

JACINT.—¿Pues dónde?

PERF.—Aquí. ¿Puede ser?

REMED.—Sí, sí.

JACINT.—Señora, usted manda.

PERF.—Aprovechemos la ausencia de tu tío, á quien no ha de gustar que...

REMED.—Pues pronto, pronto...

PERF.—¿Y el militar?

JACINT.—No suele venir hasta la noche...

PERF.—(Impaciente; el resto de la escena con mucha viveza.) Bien. Jacinto, ya sabes dónde encontrarás á Pasolargo y á Romero. Con ellos está Licurgo.

JACINT.—Sí, señora: ya sé.

PERF.—¿Y Cristóbal?

REMED.—En casa de las Troyas. Me consta.

PERF.—(A Jacinto.) Ve, y dile de mi parte que venga. Dile... fíjate bien .. que le mando venir.

JACINT.—¡Volando!

PERF.—Que estén aquí á las cuatro... ¡corre!

JACINT.—¡Voy! (Vase por el foro.)

ESCENA VII

DOÑA PERFECTA, MARÍA REMEDIOS.

REMED.—Vendrán, sí. ¡Quiera Dios que se entiendan!

PERF.—Dime: los militares que estaban aquí, tu alojado y el mío, ¿son amigotes de Pepe?

REMED.—Sí, señora. Y el tal Pinzón me parece que le ayuda en sus diabólicas tramas. Siempre andan juntos.

PERF.—¿Cómo sabes...?

REMED.—¡Ay, señora, cuando usted va, yo estoy de vuelta!

PERF.—Tú siempre alerta.

REMED.—Alerta, sí; y no tose el enemigo, ni respira, ni se espanta una mosca sin que yo me entere. Verá usted... Se va á reir... Pues estas noches, después que doy la cena, me tapujo bien, y haciéndome como una pobre, salgo... pim, pam... me voy á la calle Mayor, y acecho la salida de don José de la posada ó del Casino... Sale... le voy siguiendo... pim, pam...

PERF.—¿Y á dónde le has visto ir?

REMED.—Ronda esta calle y las inmediaciones.

PERF.—¿Y mi casa no?

REMED.—Por allí no le he visto. ¡Y es natural! ¿No ve usted que se tragaron la bola de que habíamos traído aquí á Rosario?

PERF.—(Alegre.) ¡Feliz invención para desorientarle!... Así está segura mi casa de un atropello... ¿Y le has visto solo?

REMED.—Anoche, á primera hora, con Pinzón. Después solo.

PERF.—Pero, dí, en ese espionaje nocturno, ¿no temes que te conozca, y te...?

REMED.—¡Paso unos miedos, señora! Créame: ni por mi madre haría yo esto. ¡Oh, mundo pernicioso!... Si me descubre, seguro, me da un trastazo que no lo cuento. Vea por qué le propuse ayer...

PERF.—(Asustada.) ¡Cállate: no repitas esa barbaridad!

REMED.—La señora no me ha comprendido.

PERF.—Sí, sí... ¡Dar un susto á mi sobrino! (Con firmeza.) Eso no puede ser. No lo consiento.

REMED.—Pero, señora, si ahora no hay aquí justicia, ni nadie que mire por la honradez, ¿qué cosa más natural que...? (Con suavidad y formas humildes.) Bastaría que la señora llamara á Caballuco ó á Pasolargo, y les dijera...

PERF.—(Horrorizada.) Quita, mujer; calla... ¿Y si se les va la mano, y del susto resultan heridas graves, ó...? Calla... ¡Ofender á Dios hasta ese punto! Remedios, ó no tienes conciencia, ó has perdido el juicio.

REMED.—(Con frialdad.) Pues entonces, no me queda que hacer más que consolarla á usted... cuando le hayan quitado á su hija.

PERF.—(Con profunda aflicción.) ¡Oh, quitarme á mi hija... á mi hija, que es mi encanto, mi alegría, mi sér, todo cuanto hay en la vida, en ésta y en la otra, pues quiero tenerla conmigo en la eternidad como la tengo aquí! No, no me la quitarán. Dios no arrojará sobre mi pobre cabeza esta tribulación; no, no la merezco, aunque sea pecadora. (Con pasión.) Amo tanto á mi hija, que la siento como un sér semejante á mí, inferior á mí, dentro de mí misma, un alma para las dos... (Con fuerte voz.) No quiero, no, que sus sentimientos, que sus ideas, discrepen de

las mías; porque si discrepan tanto así, me parece que no es mía, que no soy suya, que me han robado el alma. Diera yo mi vida por ella, siempre que me amase como la amo yo... Si no me ama, ni mi vida ni la suya quiero. (Pausa ligera. Continúa con voz lúgubre.) ¡Que nos entierren juntas!

ESCENA VIII

Dichas.—JACINTITO.

JACINT.—(Presuroso, por el foro.) Aquí vienen ya.

PERF.—¿Y Cristóbal?

JACINT.—También... Pero no quiere subir.

REMED.—Ya sé... Está durillo de pelar. Dicen que ha dado su palabra al Gobernador.

PERF.—Anda, ve... y me lo traes vivo ó muerto.

REMED.—Vaya si lo traigo.

PERF.—(A Jacinto.) Tú, Jacinto, cierras la puerta, y luego te pones de centinela en el mirador. Vigila bien la calle por un lado y por otro, para que avises si viene alguien que nos estorbe.

JACINT.—Voy. (Aparecen en la puerta Pasolargo, Romero y Licurgo.) Aquí están ya.

PERF.—Mucho cuidado, hijo. (Vase Jacinto.)

ESCENA IX

Doña Perfecta, Pasolargo, Esteban Romero, el tío Licurgo; poco después Caballuco y María Remedios.

Perf.—Adelante, caballeros.

Pasol.—(Desde la puerta.) A la paz de Dios.

Romero.—(Idem.) Salud á la señora.

Licurgo.—Aquí está la gente buena. (Avanzan lentamente, cohibidos y recelosos. Visten de paño pardo ó pana; calzan borceguíes con espuelas. Su aspecto es rudo, fiero, sin carecer de nobleza y dignidad.)

Perf.—¿Qué tal, Pasolargo? ¿Hay mucho miedo por el pueblo?

Pasol.—Como miedo, no, señora; como temor, alguno hay.

Romero.—Temor que tiene uno de sí mesmo, y de que el coraje le salga al rostro.

Perf.—Licurgo, ¿hay novedad en casa?

Licurgo.—(Acercándose á ella.) Nada, señora. Allí quedó Juan.

Remed.—(Que trae á Caballuco cogido por un brazo, trincados los dedos como tenazas.) Aquí traigo este figurón...

Cab.—(Sintiendo el dolor del brazo y soltándose con brusquedad.) Suéltame, condenada... ¡Ay, me has clavado la garra! (Rascándose.)

Remed.—¡So bruto, de lo que te quiero!... Ven acá. (Presentándole á doña Perfecta.) Mira quién te espera.

Cab.—Mi señora...

Perf.—(Con lástima.) ¡Pobre hombre!... Pero dí, Cristóbal, ¿de qué rincón sales?

Cab.—(Hoscamente.) Cuando el sol pica, mejor se está á la sombra.

Perf.—¿Por qué no se sientan?

Pasol.—Estamos bien...

Perf.—(Con autoridad.) Siéntense, digo. (Siéntanse Pasolargo y Romero junto á la mesa. Caballuco en el centro de la escena.

Entre éste y doña Perfecta, que está á la derecha, alguna distancia. Licurgo permanece en pie detrás del sillón que ocupa doña Perfecta.)

REMED.—¿Querrán tomar alguna cosa? (A una seña de doña Perfecta se va Remedios, y vuelve al poco rato con botellas, copas y azucarillos) (1).

PERF.—Dime, Cristóbal, ¿es cierto que ayer te abofetearon unos soldados...?

CAB.—(Con fiereza, levantándose.) ¡A mí...!

PERF.—Hombre, yo no lo afirmo; te lo pregunto.

PASOL.—Hay envidias, Cristóbal.

PERF.—Yo no lo he creído; pero tampoco extraño que las malas lenguas, que siempre te respetaron, se atrevan ahora contigo.

CAB.—Señora, salvo el respeto que debo á usted, que es mi madre... más que mi madre... mi reina...

PERF —¡Jesús!

CAB.—Salvo el respeto, digo... (Premioso) digo que el que ha dicho eso, miente como un... Es que han dado en hablar de mí, en traerme y llevarme... Saben mi genio... Tiene uno su historia, pues... Nada, que quieren tomarme por monigote para revolver el país... Bien está Pedro en su casa, señora y caballeros. ¡Que ha venido la tropa!... Malo es; pero ¡qué remedio! ¡Que han quitado al alcalde y al secretario y al juez, y viene mañana otro juez...! Malo, malo. Por mí, que se los trague la tierra. Pero dí mi palabra, y la palabra de un hombre... (Rascándose) la palabra dada... es el honor en prenda... y esto no se desempeña con dinero, sino con la... Ea, que soy bruto, no sé expresarme; pero á caballero no me gana ni el que inventó la caballería.

PERF.—¡Caballería! ¡Ah! la de Orbajosa no está ya más que en los libros de mi hermano. En las almas, ya no existe. ¿A dónde han ido á parar el orgullo, la altivez, la vergüenza, que fueron patrimonio de esta tierra?

PASOL.—(Levantándose como movido de un resorte.) ¡Viva la señora! Lo que ha dicho es oro molido... No se dirá por mí que no hay vergüenza, pues no estoy con los Aceros

(1) Pasolargo, Romero, Caballuco, doña Perfecta, Licurgo.

porque... tengo tres hijos pequeñitos... ¡Ea, no importa! La vergüenza es antes que los hijos, porque ¿de qué valen éstos si no tenemos un pedazo de honor que dejarles? ¡Fuera melindres! Allá va Pasolargo... Pero tú por delante, Cristóbal. Valiente llama valiente... No canso más.

REMED.—(Que está en el foro, vigilando la puerta.) Eso es un hombre...

PERF.—(Mandándole sentarse y tener calma.) No nos asustes, Pasolargo. Y tú, ¿has dado también tu palabra al Gobernador?

PASOL.—¿Palabricas yo? No, señora.

ROMERO.—(Vivamente.) ¡El Gobernador! No hay en toda la tierra tunante que más merezca un tiro. Gobernante y Gobierno, todos son unos. Por ésta (Besándose los dedos), yo (Se levanta), Esteban Romero, á quien llaman las historias *el Terror de Villajuán*, digo que no iré nunca con los Aceros: soy yo más. Con Cristóbal sí; con Cristóbal al fin del mundo. Que diga éste media palabra, y hoy, como ayer, aquí está Romero. He dicho. (Se sienta.)

PERF.—Donde no hay acciones, un buen deseo es muy de alabar... ¿Tampoco tú diste palabra...?

CAB.—(Que ha oído lo anterior, ceñudo y metido en sí, la vista fija en el suelo.) Yo dí mi palabra... porque la dí... Yo prometí que ni yo ni mis amigos levantaríamos partidas, porque el tal me llamó y me dijo: «Ramos, ya ves, yo... que tal... El Gobierno que tal, y yo... porque ya ves, el país y que tal... vamos, tú puedes, y que tal... conformes... el Gobierno... confianza, y que tal...» Esto me dijo. Por lo cual, á todo el que le retoza la guerra en el cuerpo, le digo: «Vete con Acero, si no puedes aguantar más, que yo... de esta agua no beberé...» Y por ahí está mi gente, desparramada en tierras, caseríos y montes circunstantes, haciendo de corazón tripas, comiéndose el coraje, y en espera de que Caballuco les diga...

PERF.—(Interrumpiéndole.) Pero tú no les dirás nada, pobrecito, y haces bien. Tú, en tu casita, hecho un patriarca. Tu puchero, tus gallinas, tu caña de pescar... ¡Ay, hijo, para tí es la vida! ¿De qué te sirve á tí la gloria, que no es más que humo, vanidad?

CAB.—(Nervioso y queriendo contenerse.) No me venga la señora con gramáticas, porque si no salgo es porque no quiero salir; y si quiero que haiga partidas, las habrá como espuma; y si no quiero, no... Y lo vuelvo á decir... (Dándose golpes en el pecho.) ¡Yo soy... yo! A mí con claridades; con gramáticas, no.

PERF.—¿Claridades quieres? Pues toma. Creo yo que con tantos humos no sirves para nada.

CAB.—(Dolorido del acerbo juicio.) Bien sabe la señora quién es Caballuco, guerrillero muy nombrado... cuando Dios quería. Hablen lenguas y canten papeles. Yo respeto á la señora, y la quiero más que á las niñas de mis ojos.

PERF.—Gracias.

CAB.—(Con emoción.) Porque á la señora debo el pan que hoy como, y el que comí cuando niño, y la vida de mi padre viejo... y la caja en que enterraron á mi madre... y todo lo que soy y todo lo que tengo. Y si la señora me dice: «Cristóbal, rómpete la cabeza,» voy á aquel rincón, y contra la pared me la rompo... Bien sabe la señora que si ahora dice ella que es de noche, yo, aunque vea el sol, creeré que es noche obscura. Bien sabe la señora que ella, y su hacienda y familia, son antes que mi vida. En fin, que la quiero más que cuanto hay en el mundo. A un hombre de tanto corazón, se le dice: «Caballuco, so bestia, hijo mío, haz esto, ó haz lo otro...» pero no se le pincha con un mete y saca de retólicas al revés.

PERF.—Vamos, hombre, sosiégate.

PASOL.—Lo que dice la señora...

ROMERO.—Cristóbal, no te sofoques...

LICURGO.—¡Vaya un temple de hombre!

REMED.—(Pasa al centro.) Toma agua.

PERF.—No, dales vino. (Remedios les sirve, y beben.) Yo no puedo, en asunto tan grave, decir á ustedes que salgan ni que no salgan. A tí, Cristóbal, te concedo que tienes un gran corazón. Consulta á ese juez, y haz lo que te diga.

ROMERO.—Los de Naharilla baja nos contamos ayer. Somos treinta, propios para cualquier cosa mayor. Pero temíamos que la señora se enfadara. Es tiempo de la trasquila.

PERF.—Hay que trasquilar por otro lado.

LICURGO.—Pues mis hijos están con hormiguilla. El demonio que los ataje. Si Caballuco se sacude las pulgas y sale, ellos detrás como unos ángeles muy brutos.

PASOL.—¡Lástima que los Burguillos, á quienes, por lo valientes, el mesmo Cid podría descalzar el zapato, se hayan ido á labrar las tierras de Lugarnoble!

PERF.—Las labraremos en otoño. Decidles que vengan.

LICURGO.—Bien fácil es. Monto en la jaca, y antes de media noche estoy allá.

ROMERO.—Yo á quien primero avisaría es á Robustiano Guerra, que rabia de ganas...

PERF.—Robustiano no se atreve á venir acá, porque me debe un piquillo... Si le ves tú, puedes decirle que se lo perdono.

CAB.—(Poniendo el vaso en la mesa con fuerte golpe.) En fin, que se nos manda que salgamos. Las cosas claras...

PERF.—Yo no puedo ni debo mandártelo. (Se levanta. Todos en pie.) Sólo os diré una cosa, hijos míos. Creo que nos aguardan días terribles, si no se corta el paso á la invasión. (Con acento solemne.) Presenciaremos, ¡ay! escenas vergonzosas y sacrílegas, atropellos, deshonras, muertes, fieros males. Al que defienda la justicia, los buenos le bsndecirán, Si vive, gloriosísima será su vida. Si muere, muerte feliz y redentora será la suya. Su nombre será guardado por las generaciones como santa memoria...

PASOL.—(Frenético.) ¡Viva Orbajosa y muera la nación!

ROMERO.—¡Viva!

PERF.—(Asustada.) ¡Silencio... por Dios...! Pueden oir de fuera.

REMED.—Callarse. Hablen bajito.

CAB.—(Pausa. Todos se fijan en él y esperan con ansiedad lo que va á decir.) Señora, amigos: Cristóbal Ramos no consentirá que nadie le eche el pie adelante en la defensa de lo bueno. Oyendo á la señora, paréceme que corre fuego, que no sangre, por estas venas mías; que mi pensamiento es un rayo, y que el golpetazo del corazón se ha de oir al otro lado del mundo... ¿Hay desafueros? ¿Hay tropelías? ¿Nos pisan, nos deshonran, nos saquean? Pues las demasías del contrario desempeñan mi palabra, y soy libre, esclavo no más que del deber y de mi conciencia guerre-

ra. Al campo, al combate. Es mi sino correr y trotar por la querida tierra de Orbajosa. ¡Oh, tierra mía bendita, llena de huesos de valientes! En tí, peleando sin tregua, quiero dejar también los míos.

TODOS.—¡Morir no!

PERF.—Dí vivir y triunfar. (Levántase y le pone la mano en el hombro.) Cristóbal, eres grande.

CAB.—Grandísimo por el corazón, por el desprecio de la vida, por...

REMED.—¡Viva Orbajosa y muera la nación! (Todos en pie vociferan.)

PERF.—Silencio, calma; no alborotar. Retírense, pues ya saben que pueden contar con éste. (Por Caballuco.) La reunión debe darse por terminada. (A Licurgo.) Ya sabes, vas en busca de los Burguillos.

LICURGO.—Sí, señora.

CAB.—(Dando órdenes como un general en jefe.) Que estén en Mundogrande á la madrugada. Al que me falte... ¡rayo!... (A Licurgo.) Oye... Y llévate á tu hijo contigo.

LICURGO.—¿Juanico?

CAB.—Sí; y le mandas á avisar á los de Villajuán.

LICURGO.—Señora, ¿oye?

PERF.—Sí, sí: llévatelo; no me hace falta.

ROMERO.—Y yo voy en busca de Robustiano.

CAB.—Sí: en Mundogrande todo Dios. Que me esperen allí.

PASOL.—¿Cuándo irás?

CAB.—Cuando arregle á mi gente de aquí. Mañana. (Siguen hablando.)

REMED.—(A doña Perfecta.) Señora, que se llevan también á Juanico.

PERF.—El lo manda.

REMED.—(Alarmada.) La casa sola.

PERF.—¿Qué importa? Ya no temo nada. Se acabó el miedo.

REMED.—¡Ay! el mío no.

CAB.—Yo estaré aquí esta noche. Si algo ocurre... cuenta conmigo. Con que... pocas palabras ya... ¡hala!

LICUR.—¡A Lugarnoble!

PASOL.—¡A Mundogrande!

ROMERO.—Mañana arde Troya.

PASOL.—¡Que nos echen soldados! ¡Que traigan, que traigan!...

CAB.—Callar, callar. No olvidéis las virtudes del guerrillero, el valor y el silencio.

PASOL.—(A media voz, pero con gran esfuerzo de pulmones.) ¡Que viva la señora!

PERF.—No, no... (Mandando callar y denegando con el brazo.)

ROMERO.—¡Que viva! (No pudiendo gritar, agitan los brazos y se retiran lentamente.)

PERF.—No me aclaméis á mí, que nada soy ni nada valgo.

REMED.—Que vivan ellos, ¿verdad? (Quiere gritar.)

PERF.—(Tapándole la boca.) No grites... Nuestra única misión es... rezar por todos.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Sala en el piso bajo de doña Perfecta. Al fondo, una gran puerta que da á la huerta y jardín. Puertas laterales, y á la izquierda una reja pequeña que da á la calle. En el foro derecha, reclinatorio delante de un altarito con la imagen de la Virgen, alumbrada por una lamparita. Sofá grande hacia la izquierda, de frente al público. Es de noche. La escena está alumbrada únicamente por la lámpara colocada ante la Virgen.

ESCENA PRIMERA

ROSARITO, acostada en el sofá, durmiendo, envuelta en el mismo chal blanco con que sale en el acto segundo; DOÑA PERFECTA, que aparece por la derecha, con una luz en la mano y un manojo de llaves.

PERF.—¿Duerme ó finge dormir? (Con tristeza.) ¡Ah...! ese amor absurdo ha enseñado á mi pobre ángel muchas cosas malas: el disimulo, artes de fingimiento malicioso, que en otras circunstancias no serían graves, ahora sí. (Deja la luz y contempla á su hija más de cerca.) Duerme de veras. El cansancio, el tedio, el insomnio de anoche, pueden más que su inquietud... Duerme, hija mía; descansa... Yo velo por tí. De esa loca inclinación te curará la ausencia, el olvido, sí... Y volverás á ser dichosa, y comprenderás qué madre tienes, y de qué abismo de perdición ha sabido apartarte... (Se aproxima al sofá, inclinán-

dose y mirando á su hija con amor.) Hija querida, ¿dónde está, dónde, aquella conformidad dulcísima entre tus pensamientos y los míos...? (Se arrodilla ante ella.) Vuelve á mí; vuelve, paloma extraviada en los aires; vuelve al nido y al seno de tu madre amorosa, que te adora. (La toca el rostro suavemente para no despertarla.) Tu vida y tu amor me son tan necesarios como tu obediencia, porque te he criado para mí, para mirarme en tí, y ahora me miro... y no me veo. (La besa en la frente, tocándola apenas con sus labios.) ¡Qué dulce es besarte y cómo se refresca el alma, abrasada de estos rencores...! Y tus manos qué suaves... (Se las besa.) ¡Cuándo volverán á acariciarme...! ¡Que no fueran siempre manos juguetonas... y tú siempre niña, siempre...! (Creyendo oir ruido en el exterior de la casa, levántase sobresaltada.) ¡Oh... qué es eso! (Corre á la ventana.) Nada... no hay nadie... No tengo miedo, no. No debo tenerlo. (Infundiéndose valor.) Pasa pronto, noche de ansiedad... Mañana... estaremos lejos. (Coge la luz, y haciendo pantalla con su mano, para que la claridad no dé en el rostro de su hija, atraviesa la escena.) Duerme, amor mío, y que en tu sueño te visiten los ángeles y te inspiren la obediencia, la santa obediencia. (Se va lentamente, sin hacer ruido, por la derecha.)

ESCENA II

ROSARITO, que durante la anterior escena fingía dormir, y espía la salida de su madre. Cuando la siente salir, alza la cabeza y escucha.

Se fué... sí... la siento en el comedor... ¡Qué miedo tan horrible cuando se arrodilló aquí, y me besó la frente, las manos...! Creí morirme. ¡Qué ansiedad! (Se va incorporando.) ¡Si se le ocurre entrar la mano aquí (En el seno), y quitarme mi libro...! (Tocándose el pecho con mucha inquietud.) No, no... aquí está. (Besa el librito y después lo abre.) Y la carta... aquí está. Se me ha olvidado la hora.

¿Decía las diez, las once? (Corre al otro lado, y á la luz de la lámpara lee:) «Las doce;» dice las doce. Lo demás me lo sé de memoria. (Repitiendo la carta.) «Tu madre no cede... Quiere huir contigo... Antes huiremos nosotros de ella... Ten valor... Espérame...» (Mirando consternada á las puertas y á la ventana.) ¿Pero cómo saldré, Dios mío...? ¡Imposible.. ! Mi madre no duerme... (Escuchando por la derecha.) Desde aquí la siento echando llaves... llaves... Hasta esta noche, nunca me fijé en el sinnúmero de llaves que tiene esta casa. (Escuchando otra vez.) Y cerrojos y cadenas... Cárcel es esto, panteón, no sé qué... Sospecho que mi madre ha dispuesto partir de Orbajosa... (Espantada.) ¡Oh! no, yo no... Con ella no... Aquí le espero... El sabrá cómo entra, y cómo salimos... (Con gran confusión y aturdimiento.) Arde mi cabeza... Me vuelvo loca. (Tocándose el corazón.) ¡Qué opresión aquí! Parece que la vida se me acaba... ¡Valor! Hay que tenerlo á todo trance, aunque después me muera. (Dirígese á la reja de la izquierda.) Por esta reja he de ver si aún rondan la calle Remedios y Cristóbal... (Después de observar un momento.) No veo nada... En la huerta todo es tinieblas y un silencio de camposanto. (Vuelve al proscenio.) ¡Oh, Dios mío, no me abandones! (Dirígese al altarito.) Y tú, Madre mía, ábreme un camino en esta soledad pavorosa. (Se arrodilla; aparece doña Perfecta por la derecha, y avanza cautelosamente, sin que su hija la vea.) Aliéntame con tu mirada, envuélveme en tu manto .. Y vosotros, angelitos que estáis á sus pies, prestadme vuestras alas... (Siente la proximidad de su madre, y dando un grito de terror, se vuelve hacia ella.) ¡Ah!

ESCENA III

DOÑA PERFECTA, ROSARITO.

PERF.—Alma mía, ¿por qué te asustas?

ROSAR.—No sé... creí...

PERF.—Sosiégate. Pronto sacaré yo á mi niña de esta ansiedad. Antes de amanecer, nos vamos á Lugarnoble. Tu tío ha salido para prepararlo todo. No hay tiempo que perder. Esta noche no se duerme.

ROSAR.—(¡No se duerme!) (Aterrada.) ¿Dices que... á Lugarnoble?

PERF.—A nuestras queridas montañas.

ROSAR.—¡Allá...! ¡Mamá, por Dios! Camino de la montaña van á estas horas todos los paisanos armados... No me lo niegues...

PERF.—(Sorprendida.) ¿Cómo sabes...?

ROSAR.—Lo sé... sí... ya ves cómo lo sé todo. La espantosa guerra estallará mañana. ¡Desdichado suelo... raza infeliz!

PERF.—(Con frialdad.) Si es así, Dios lo ha permitido para confundir la iniquidad.

ROSAR.—Ellos no querían guerra. ¿Quién les ha instigado á la rebelión?

PERF.—¿Quién? ¡Qué candidez la tuya! Cuando la impiedad y la corrupción extienden su imperio, la guerra arde por sí sola, sin que nadie se tome el trabajo de encenderla. Pero no nos entretengamos. Estaremos dispuestas antes del alba... Ven... subamos...

ROSAR.—(Inquieta y turbada.) Aguarda... tengo que decirte...

PERF.—¿Qué?

ROSAR.—(Resolviéndose tras penosa lucha interior.) Mamá mía, perdóname... y que me perdone Dios lo que voy á decir, y me dé fuerzas para decirlo... Madre, madre querida, no puedo obedecerte.

PERF.—¡Que no me obedeces!

ROSAR.—No puedo: una obediencia superior me lo impide...

PERF.—¿Hay algo más que el respeto filial?

ROSAR.—Sí, sí: otro respeto, otro amor... (Luchando por buscar la expresión propia.)

PERF.—¡Oh, no me hables así! (Recobrando su entereza.) Estás alucinada, trastornada... Vuelve en tí, amor mío.

ROSAR.—(Fatigada, con acento de congoja.) No... no estoy alucinada... Es que Dios me ilumina en este trance terrible... Veo claro, como los moribundos. Sé que Dios, siempre misterioso, incomprensible en su justicia, permite que en estas infames discordias, perezcan, antes que los culpables, los inocentes.

PERF.—(Vivamente.) Los inocentes no.

ROSAR.—Los inocentes sí... Él, yo quizás, los dos... Toda causa grande y noble tiene sus mártires... tú me lo has dicho... La causa de la paz los tendrá también.

PERF.—(Inquieta.) ¡Oh, Rosario, vida mía!... Arranca de tu pensamiento esas ideas lúgubres.

ROSAR.—Quítamelas tú.

PERF.—¿Cómo?

ROSAR.—¿Dices que deliro?

PERF.—Sí... (La toca.)

ROSAR.—(Con la mirada extraviada.) Pues en mi delirio he visto...

PERF.—¿Qué?

ROSAR.—(Con misterio.) He visto á Remedios y á Cristóbal rondando esta calle... á primera hora de la noche. O preparan una emboscada, ó acechan el paso de...

PERF.—Silencio... ¡qué desvarío...!

ROSAR.—Después... no hace mucho... les ví deslizarse junto á la tapia de la huerta... y perderse en la sombra...

PERF.—¿Y qué? Velan por mi seguridad. ¿Pero qué temes tú? ¿Quién puede interesarte más que yo misma y nuestra casa y...? (Recelosa, mirándola fijamente.) ¡Rosario!

ROSAR.—¡Indigno espionaje! Mamá, por Dios, dime que tú no lo has ordenado, que no lo consientes, que...

PERF.—Consiento que mi casa sea vigilada.

ROSAR.—(Coge á su madre de la mano y quiere llevarla por la derecha.) Pues si esos locos rondan la calle todavía, mándales que se retiren.

PERF.—(Soltándose.) ¡Que se retiren! (Mirándola fijamente, con severidad.) ¡Ah, ya comprendo...! Me preparas una traición... lo veo, lo estoy viendo. Tu inexperiencia del mal te ha vendido... (Con ira y viveza.) Confiésamelo... confiésalo pronto, arrepiéntete, y te perdono. Olvidada de tu decoro y el mío, has caído en la infame tentación de huir de mi casa, de huir con él.

ROSAR.—(Con repentina efusión, arrodillándose.) Sí... ya ves... te lo confieso. No quiero mentir.

PERF.—¡Y él te lo propuso... y él vendrá á buscarte!

ROSAR.—Sí, sí. Y yo iré con él al fin del mundo.

PERF.—¡Oh, no te llevará, no! ¡Aquí, sola, indefensa, me dejaré hacer trizas antes que consentirlo! (Oyese un fuerte aldabonazo.) Que no abran.

ROSAR.—(Escuchando.) Han abierto ya...

PERF.—¿Quién puede ser?...

ESCENA ÚLTIMA

DOÑA PERFECTA, ROSARITO, MARÍA REMEDIOS, PEPE REY.

REMED.—(Dentro, dando golpes en la puerta del fondo.) ¡Señora... soy yo... Remedios! (Doña Perfecta descorre el cerrojo y abre.) Ahí está.

PERF.—¿Quién?...

REMED.—El enemigo... Entró por la puertecilla de abajo.

PERF.—¿Solo?

REMED.—Solo... Fuera... en la calzada un coche... militares...

PERF.—¿Y Cristóbal?

REMED.—Aquí... Entramos juntos... Ha pasado á la huerta. (Las dos en la puerta del foro.)

PERF.—No veo nada.

REMED.—(Mirando en la obscuridad.) Yo sí... Él es... hacia aquí viene... (Gritando.) ¡Cristóbal... aquí... junto á los cipreses!... ¡Que matan á la señora!

PERF.—¡Cristóbal, defiéndeme!

REMED.—¡Mátale! (Suena un tiro. Pausa.)

ROSAR.—¡Ah! (Quédase aterrada y sin movimiento.)

REMED.—Uno ha caído.

PERF.—¿Quién?

REMED.—No sé... se levanta...

ROSAR.—(Exaltada, corriendo á la puerta.) ¡Aquí, aquí!

PERF.—(Deteniéndola.) No, no salgas.

PEPE.—(Aparece en la puerta, herido, la mano en el pecho.) ¡Rosario!

ROSAR.—(Acude á él y le abraza. Doña Perfecta, paralizada por el terror, no se atreve á acercarse al grupo.) ¡Esposo mío!

PEPE.—Sígueme... ven... (Vacilante.)

ROSAR.—Contigo... contigo... sí... vamos...

PEPE.—(Con voz de moribundo.) A la... eternidad... (Cae muerto.)

PERF.—(Con desesperación.) ¡Misericordia, Señor; misericordia... para ellos... y para mí!

FIN DEL DRAMA

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

A tres pesetas tomo.

La desheredada, dos tomos.—El amigo Manso.—El doctor Centeno, dos tomos.—Tormento.—La de Bringas.—Lo prohibido, dos tomos.—Fortunata y Jacinta, cuatro tomos.—Miau.—La Incógnita.—Realidad.—Angel Guerra, tres tomos.—Tristana.—La loca de la casa.—Torquemada en la hoguera.—Torquemada en la cruz.—Torquemada en el Purgatorio.—Torquemada y San Pedro.—Nazarín.—Halma.—Misericordia.—El Abuelo.—Casandra.

NOVELAS DE LA PRIMERA ÉPOCA

A dos pesetas tomo.

Doña Perfecta.—Gloria, dos tomos.—Marianela.—La familia de León Roch, dos tomos.—La Fontana de Oro.—El Audaz.—La Sombra.

OBRAS DRAMÁTICAS

A dos pesetas tomo.

Realidad, drama.—La loca de la casa, comedia.—La de San Quintín, comedia.—Los Condenados, drama.—Voluntad, comedia.—Doña Perfecta, drama.—La Fiera, drama.—Electra, drama.—Alma y Vida, drama.—Mariucha, comedia.—Bárbara, tragicomedia.—Amor y Ciencia, comedia.

EPISODIOS NACIONALES

EDICION ECONÓMICA

A dos pesetas tomo.

Primera serie: Trafalgar.—La Corte de Carlos IV.—El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.—Bailén.—Napoleón en Chamartín.—Zaragoza.—Gerona.—Cádiz.—Juan Martín el Empecinado.—La batalla de los Arapiles.—*Segunda serie:* El equipaje del Rey José.—Memorias de un cortesano de 1815.—La segunda casaca.—El Grande Oriente.—7 de Julio.—Los cien mil hijos de San Luis.—El Terror de 1824.—Un voluntario realista.—Los Apostólicos.—Un faccioso más y algunos frailes menos.—*Tercera serie:* Zumalacarregui.—Mendizábal.—De Oñate á la Granja.—Luchana.—La campaña del Maestrazgo.—La estafeta romántica.—Vergara.—Montes de Oca.—Los Ayacuchos.—Bodas Reales.—*Cuarta serie:* Las tormentas del 48.—Narváez.—Los duendes de la camarilla.—La Revolución de Julio.—O'Donnell.—Aita Tettauen.—Carlos VI en la Rápita.—La vuelta al mundo en la Numancia.—En prensa: Prim.—En preparación: La de los tristes destinos.

GRAN EDICIÓN ILUSTRADA

Diez magníficos volúmenes conteniendo cada uno dos títulos y numerosos facsímiles de reputados artistas, 85 pesetas.—Tomo suelto, 9 pesetas.—Cuaderno (consta la obra de 92), 1 peseta.

Discursos académicos: un tomo, **2 pesetas.**
Memoranda: un tomo, **2 pesetas.**

EN PREPARACIÓN

Edición ilustrada de **Doña Perfecta**, con dibujos de Pellicer.